

EL CEREBRO

CLARK CARRADOS

El cerebro

Clark Carrados

Espacio, el Mundo Futuro/002

CAPÍTULO PRIMERO

- No hace falta ningún sorteo. Yo me quedo -anunció simplemente, sin engolación en la voz, sin ninguna clase de énfasis en su tono, firme y decidido.
Media docena de hombres miraron simultáneamente al que acababa. de pronunciar las anteriores palabras, Brian Langdon, que sonrió levemente al recalcar, ante la sorpresa en aumento de sus compañeros:
- Lo he dicho y no hace falta que lo repita. No habrá sorteo porque yo ya me hago cuenta de que me ha tocado la bola negra.
- ¡Pe... pero eso no se puede consentir, Langdon! -exclamó Forrester Simmons, jefe de la expedición-. El riesgo debe ser idéntico para todos. Lo ha sido hasta ahora y no hay razón alguna para que no siga siéndolo.
- Escuche, Forrester. Es cierto que usted manda en nosotros. Usted tiene autoridad sobre toda la expedición -arguyó Brian-. Pero no lo olvide: solo a efectos científicos y generales. No en éste en que hay que tomar una decisión tan importante.
- ¡Pero...! -quiso volver a objetar Forrester, mas Langdon alzó la mano, interrumpiéndole.
- ¡No hay mas que hablar, jefe! -dijo Brian-. La decisión de echar a suertes quién debía quedarse en este planeta deshabitado, fue tomada de común acuerdo. Pero nadie dijo nada en contra si surgía el caso de que uno de nosotros cedía sus derechos en favor del desafortunado. Y yo los cedo de antemano.
- No sé lo que pretende usted, Langdon, pero tenga en cuenta que lo que dice es algo muy serio -arguyó Don Peters, otro de los expedicionarios siderales-. Piénselo bien.
Sonrió de nuevo, sin apenas movimiento de los músculos faciales el interpeladO:
- Todo esta pensado -movió levemente la cabeza de derecha a izquierda-. Todos ustedes tienen sus familias, padres, esposas, alguien que espere anhelante su regreso a la Tierra. ¿Puedo decir yo lo mismo? Ustedes me conocen bien y se responderán a esa pregunta por si mismos.
Los seis hombres se miraron unos a otros, todavía sin creer en las

palabras que estaban escuchando. En el fondo de su egoísmo, bien que disimulado en la relativa impasibilidad de sus rostros, todos se alegraban de que fuera Brian Langdon, el más joven, el que se quedara, cuando en realidad el de más edad hubiera sido el mas indicado, precisamente por las escasas posibilidades que había de supervivencia y el haber vivido mas años. Pero Brian se había ofrecido voluntariamente, cortando el debate sobre el modo de efectuar el sorteo, a cuya palabra todos los corazones se detenían un instante en su rítmico movimiento.
Un blanquísimo relámpago iluminó espectralmente los siete rostros, sobre la luz que había en el fondo de aquella cueva. Brian Langdon no pudo por menos de sentir una compasión mezclada con desdén hacia algunos de aquéllos, en cuyos semblantes se expresaba la alegría de volver sanos y salvos al punto de partida, alegría que les salía a flor de epidermis a su pesar.
- Es cierto que no tienes a nadie en nuestro planeta que espere tu regreso, Brian, pero no es menos verdad que tienes el mismo derecho que el resto de la expedición a entrar en suerte. Lo contrario sería una ruindad nuestra para contigo -dijo Forrester-. Por lo que a mí respecta, declaro firme y sinceramente que no podría mirar a nadie con el rostro erguido al llegar a la Tierra.
- ¡Bah! ¿Que importancia tiene eso, jefe? -dijo con chanza Brian-. Además, el caso tiene una solución. En la investigación que formulariamente se abrirá para averiguar los motivos que causaran mi ausencia, pueden declarar todos que fui el perdedor. Nadie les podrá decir nada.
Pero Forrester tenía demasiado buen corazón para permitir lo que intentaba hacer el joven científico y de nuevo hizo oír su voz en tonos protestatorios:
- Querido Langdon, estoy en el más absoluto de los desacuerdos con usted. He dicho y repito que no quiero aceptar esa solución. Usted ha de entrar en sorteo como los demás.
Los demás que, salvo alguno de parecidos sentimientos a Forrester, dejaron que una sombra de pesimismo invadiera sus semblantes, al ver que el jefe se oponía a cuanto indicaba Langdon. Pero no se les pudo ver, porque una serie de relámpagos tremendamente enormes, de gigantesca potencia lumínica se sucedió en el exterior, entrando sus resplandores por la circular ventanilla que había en la puerta metálica que tapaba el acceso a. la caverna. Y apenas se disiparon los fogonazos, Brian, parpadeando, volvió a la carga y esta vez en tonos que no admitían réplica y que acabaron por imponerse a todos, dijo:
- No quisiera hacerme pesado y repetir aquello que hable sobre las obligaciones familiares de todos ustedes y que precisamente yo me encuentro, en ese particular, en el bando opuesto, pudiéramos decir.

Pero, además, hay una consideración lógica, natural por completo: la reconocida experiencia de todos ustedes y su habilidad para gobernar conjuntamente la nave que les llevará de regreso a nuestro mundo, en donde podrán repararla convenientemente y organizar luego una expedición de socorro. Quizá ahora tarden algo más de tiempo en el viaje de vuelta a la Tierra, pero con el aparato en perfectas condiciones quizá todavía cuando vengan a auxiliarme naveguen a mayor velocidad.

Callo un momento Brian, acercándose al "ojo de buey" de la puerta que los aislaba del mundo exterior. Presenció una vez más, sin prestar atención a los cuchicheos de sus compañeros de exploración sideral una de aquellas aparatosas tormentas de hielo pulverizado, con relámpagos de enorme extensión y terrible potencia eléctrica, relámpagos que llevaban en su seno una tremenda fuerza destructora a consecuencia de las radiaciones "alfa” que emitían y contra la cual no existía otra defensa posible que aquella puerta construida apresuradamente, de gran espesor, y un uso continuado de los trajes aislantes. Volvió a hablar, esta vez brevemente:

- Además, tres meses se pasan pronto. Y ustedes me dejan por no poder sobrecargar el aparato mas víveres de los que pudieran necesitar en ese espacio de tiempo.

Había pronunciado estas palabras sin mirarlos, contemplando el extraño espectáculo de aquel rarísimo planeta, desconocido por completo en la constelación solar y con el cual habían tropezado inesperadamente, llevándose la gran sorpresa, pues no habían reconocido en el a ninguno de los hasta entonces catalogados. Y en verdad que no habían podido llegar allí mas oportunamente.

Una avería en uno de los mas importantes tubos del motor, movido por desintegración del átomo de hidrógeno, les hacía estar harto preocupados. Demasiado lejos de Júpiter para buscar un refugio provisional en él, temieron que el aparato estallase a cada momento en una explosión que cuando fuera registrada en la Tierra haría volverse locos a los astrónomos, pensando en la misteriosa estrella que en unos segundos se había encendido y desaparecido súbitamente y que ignorarían que era una nave interestelar, construida por manos humanas y que había desaparecido víctima de su propia potencia.

Por eso habían saludado con alborozo aquel misterioso cuerpo celeste que se les había aparecido tan repentinamente, como puesto a su alcance para su salvación por la compasiva Providencia. Y habían desembarcado en él.

El aspecto del planeta "X”, nombre provisional y que cuadraba exactamente con el incógnito que lo envolvía, nombre dado en tanto no averiguasen más datos acerca de él, no podía ser mas desolador. Visto desde el interior de la espacionave, a través de las pantallas de

televisión que reflejaban con exactitud de humana retina todo cuanto ocurría en el exterior, no podía ser mas desolador y eso que habían llegado en un momento de calma, y como averiguaron más adelante, en comparación con las horribles tormentas que se sucedían con harta frecuencia, de calma chicha.
No se veía más que una masa gris obscura, de casi noche, sin altibajos en ella. No había día ni noche, ni mas diferencia en la luz que la que proporcionaban los gigantescos relámpagos, en nada parecidos a los que habían visto en la Tierra hasta entonces. Todo era una masa grisácea abrumadora que hizo prorrumpir al los expedicionarios en ¡oh! de desilusión y desencanto en cuanto echaron una ojeada al panorama que veían.
A pesar de que había tranquilidad, nubes que revoloteaban constantemente, nubes que, agitándose, acercaban o alejaban el radio visual, pero nunca más allá de los cien metros, les envolvían con sus enrevesados dedos que rodeaban el enorme cilindro, casi vertical, sin que de momento pudieran averiguar la causa de aquella pequeña inclinación hasta que, desafiando los elementos, dos de los intrépidos exploradores, revestidos con trajes aislantes, salieron, pero no se atrevieron a alejarse más de veinte metros. Regresaron a toda prisa y cuando la cámara se cerró, aislada ya de la atmósfera de aquel mundo tan extraño en el que, a pesar de advertirse tanto movimiento en su superficie, reinaba un silencio absoluto, pavoroso, estremecedor .Y los dos expedicionarios de avanzada no pudieron evitar el que les castañetearan los dientes, sentándose de tal forma que parecieron caer, antes de que, tras un buen trago de reanimante licor, pudiera hablar uno de ellos:
- ¡Es horrible! ¡Fantástico! ¡Algo que nunca hubiera podido creer!
- ¿Creer qué, Batterson? -había preguntado Forrester, ante la expectación del resto.
Batterson miro sorprendido a su jefe:
- ¿No se lo dije? Transmití mis observaciones por radio.
Los ojos de los que escuchaban se miraron, denotando sorpresa:
- No -contestó al cabo Forrester, repitiendo:- No. No hemos oído nada. Y hemos procurado todo el tiempo tener la radio conectada.
Batterson se pasó la mano por la cara, procurando contener su enojo:
- Pues, a decir verdad, sólo me faltó quitarme e1 casco y gritar. Creo que así me hubieran oído, ya que me desgañité. Pensé que habría alguna pequeña avería en algún sitio, pero, que no obstante, no les impedirla la recepción.
- Aquí no se ha recibido ningún mensaje suyo, Batterson -dijo gravemente el jefe de la expedición-. Será. Mejor que dejemos el motivo por el cual las ondas de radio no se transmiten en este planeta, o lo que sea, y nos comunique usted que es lo que ha pasado, lo que

han visto y los motivos por los que no se han separado de aquí mas de veinte o veinticinco metros de distancia.
- Bien, puesto que lo quiere así... Empezaré diciendo -comenzó a hablar Batterson, encendiendo un cigarrillo y dándole incesantes chupadas -que apenas puse el pie en tierra me hundí hasta la cintura. ¿No es verdad, Symaster? -se dirigió al otro expedicionario que le había acompañado y continuó tras el movimiento afirmatorio de cabeza de éste:- También le ocurrió lo mismo. El caso es que, cosa que me extrañó sobremanera, salimos sin grandes dificultades para hundirnos unos pasos más allá. Pero no es barro.
- ¿Que no es barro? -la exclamación broto, incontenible, al unísono de varias gargantas.
- No -dijo un tanto enfáticamente Batterson-. No es barro porque se hubiera pagado a nuestros trajes aislantes y, ustedes lo han podido ver, no había la menor mancha en ellos. Parecía goma o sabe Dios qué. El caso es que sentí una invencible repugnancia y no se como me las arreglé para vencerla. Pero ése no fue el principal motivo de nuestra vuelta. Tampoco lo fue el intensísimo frío que reina en el exterior y que marcado por nuestros termómetros electrónicos resultó que señalaron más de 270° centigrados.
- ¿270° bajo cero? -repitió incrédulamente Forrester-. Eso es prácticamente el vacío sideral, Batterson.
- Yo no sé si sera o no el vacío sideral. Digo 1o que vieron mis ojos y si no me cree salga usted ahí afuera y lo podrá comprobar en un segundo -replicó Batterson con aspereza.
- Esta bien, esta bien -trató Forrester de suavizar la cosa-. Le creo. Pero explíquenos el motivo de su vuelta. Vamos, el que usted ha llamado el principal.
- ¡No hay Norte aquí, señores! -dijo dramáticamente Batterson, como gozándose en la estupefacción de sus atónitos oyentes.
- ¿Que no...? -dijo, incrédulo, Forrester-. Vamos, vamos, no nos haga usted tragar cuentos de niños.
- Ustedes dirán lo que quieran, pero no hay Norte aquí, y si no la brújula lo señalaría.
- Eso es otra cosa, Batterson -dijo el jefe de la expedición-. Sin duda este planeta debe estar fuertemente imantado e influye sobre la aguja.
- Por eso precisamente no me quise arriesgar, Forrester. Entre medio de esas nubes me hubiera perdido irremisiblemente en menos de diez minutos, junto con mi compañero y, como pueden comprender, si estoy harto de estar aquí dentro no lo estoy tanto que prefiera el ambiente exterior.
- Razonables ideas -terció Brian, hasta entonces silencioso-. Pero lo que no me explico es la existencia de esas nubes, si reina ahí afuera un frío tan intenso. Hasta el aire tendría que estar congelado.

- Se sorprenderá, usted, Langdon, cuando le diga que esas nubes no son de vapor de agua, sino de finisimas partículas de hielo pulverizado, de agua helada aquí sabe Dios desde cuantos millones de años -respondió Batterson, haciendo aumentar con éstas palabras, si cabía, el asombro de sus oyentes.
- Bien; pero, ¿y el viento que mueve esas nubes? -preguntó Forrester.
- No hay viento, señor -le respondieron-. O por lo menos si lo hay nosotros. no lo hemos notado, ¿no es eso, Symaster?
Éste volvió a asentir con un gruñido, y el jefe de la expedición murmuró pensativamente:
- No consigo explicarme como sin la menor partícula de aire...
- No hay aire, jefe -dijo Batterson-. A pesar de las ilusiones ópticas que nos hacen ver nubes moviéndose incesantemente, dándonos la sensación de hallamos en plena tormenta, no corre el menor soplo de aire -señaló hacia una de las pantallas, agregando: -Si el aire se moviera a la velocidad con que corren esas nubes, este armatoste estaría a punto de caerse. Lo menos que haríamos sería bailar continuamente.
- ¿Entonces...?
- Sólo se me ocurre una explicación, Forrester, y es que las partículas de esa nieve o hielo pulverizado están influidas por esas extrañas radiaciones que nos impiden la comunicación inalámbrica y según su intensidad son movidas en un sentido o en otro.
Ésta era la explicación más plausible y la que quedó definitivamente, sobre todo, cuando con el transcurso del tiempo, quedó patente que todo el planeta "X" era una inmensa bola emisora de radiaciones "alfa" que influían en el hielo que nunca se posaba, productoras asimismo de aquellas terribles tormentas eléctricas, mas temibles que las terrestres quizá por su absoluta carencia de sonido, en el más aterrador de los silencios, envueltas en espectrales relámpagos producidos por una concentración mayor que las demás de aquellas radiaciones.
Pero cuando Forrester hizo los cálculos pertinentes, después de reparada convenientemente la avería, se quedo aterrado. ¡Había que suprimir peso y en abundancia!
Ayudado por el joven Brian, se pasaron los días y las noches, es decir, los períodos de veinticuatro horas terrícolas, luchando con los cálculos hasta llegar a la desoladora conclusión de que era imprescindible dejar sólo allí a un miembro de la partida, si los demás querían volver a la Tierra, y eso suprimiendo muchos accesorios considerados como imprescindibles y llevándose tan sólo los víveres necesarios y aun así estrictamente racionados, pues de llevar más, todavía habría precisión de abandonar otro hombre, idea que fue rechazada en masa por todos, excepto por Brian Langdon, a quien desde el primer momento le fue indiferente la suerte que pudiera correr.

Acordado, pues, el sorteo, se había construido aquel refugio para el infortunado que tuviera que permanecer tres meses de horrible espera e incertidumbre, encerrado prácticamente en aquella cueva hallada tras ímprobos esfuerzos y equipada con lo justo para la supervivencia durante aquel período que verdaderamente sería a prueba.
Y aceptada por fin la sugerencia de Langdon, el aparato se elevó un día, aprovechando un instante de relativa calma, perdiéndose al instante tras las espesuras de aquellas incesantes nubes cuya altura no se podía calcular a simple vista, ocurrido lo cual, Brian, que había estado presenciando la partida de la "space-ship", regresó, por un camino trazado de antemano, a su refugio, disponiéndose a encarcelarse, sin salir de allí, durante noventa días.
Pero cuando estaba a punto de llegar al refugio, cuando las nubes congeladas parecían estar casi inmóviles, un relámpago, atenuado por los obstáculos que la luz tenía que atravesar, llegó hasta las pupilas de Brian, sorprendiéndolo notablemente, haciéndole alzar los ojos hacia arriba, en un irreprimible gesto.
Tuvo que dar un salto a un lado al ver caer un enorme trozo de lo que primeramente le pareció materia desconocida y no ser aplastado por el objeto. Y cuando lo reconoció, sintió, a pesar de la protección del traje aislante, que aquel espantoso frío de 270° le atravesaba hasta la médula de los huesos.
¡Porque aquel trozo de metal retorcido, chamuscado, quemado, con señales de instantánea fusión en sus bordes, era un fragmento de la superestructura de la astronave, desintegrada en una explosión cuyas causas achacó Brian a una deficiente reparación del tubo averiado o bien a que éste no había resistido, agrietado, los insuficientes parches metálicos que se le habían colocado!
Entonces no le cupo al joven ninguna duda de cual sería su horroroso destino. Una muerte por inanición a tres meses vista, concluidos sus víveres. Y Brian pensó que cuando eso ocurriese -¿por qué no ahora mismo?- lo mas practicó sería salir al exterior y abrirse el traje aislante. La muerte fulminante por congelación y asfixia simultaneas.
Pero casi inmediatamente rechazó estos pensamientos por impíos y anticristianos. Su vida no era suya. Era del Señor que se la había dado y Él dispondría de su existencia hasta que lo creyera oportuno.
Confortado con estas ideas, Langdon, joven al fin, cenó con buen apetito, procurando olvidar su desagradable situación, y tras rezar una corta pero sincera oración, se acostó a dormir, consiguiéndolo al cabo de pocos instantes. Al "día" siguiente vería lo que podía hacer para salir de aquel atasco en que se encontraba, aunque no pudo por menos de sonreírse dé sí mismo y de su incorregible optimismo. ¿Que podría hacer el para salir del planeta "X"?
El sueño acudió a sus párpados, en tanto que Brian ignoraba que una

extraña nave espacial volaba hacia él a velocidades enormísimas, desde un lejano y remoto mundo, ignorante de que hombres de una raza desconocida para los humanos terrícolas, tripulando aquella nave, se acercaban al planeta del frío y la desolación.

Y todavía dormía placenteramente Brian, con una levísima sonrisa jugueteando en sus labios, cuando el extraño aparato, brillante, de forma circular, rodeado por un anillo de un grosor equivalente a la décima parte del diámetro de aquella esfera, imperturbable, sin que pareciera afectarle la tempestad de rayos "alfa” que empezaba a desarrollarse, atravesaba la capa de nubes de hielo atomizado y majestuosamente se quedaba inmóvil, sin hundirse apenas en aquel raro suelo que parecía de goma. Pero el brillo de que estaba dotada la esfera desapareció un tanto a los pocos minutos de su aterrizaje y luego, debajo del aro que la rodeaba, se abrió una puerta.

Tres hombres, vestidos con trajes adecuados, pero de forma algo distinta al que usaba Brian, saliendo por aquella puerta saltaron al suelo y como si conocieran los lugares en que se podrían hundir, evitándolos, se encaminaron hacia el refugio en que dormía el joven, dirigiéndose rectos, sin la menor vacilación, como si se lo supieran de memoria. Luego uno de ellos, manipulando de una forma extraña. abrió la pesada puerta.

II

Brian Langdon, reconfortado por el excelente descanso, abrió sus ojos, sentándose en aquel improvisado lecho en el que pensaba haber vívido durante tres meses y que ahora no sabia si sería su tumba. Pero de repente vio tres personas delante de él, mirándole con curiosidad no reprimida, y maquinalmente, todavía absorto por la sorpresa, saludó con un:

- ¡Buenos días! -e inmediatamente pensó que estaba soñando y se dispuso a continuar durmiendo, pero apenas se había echado hacia atrás, se volvió a incorporar de un salto, poniéndose esta vez en pie y exclamando:- ¿Quiénes son ustedes? ¿De dónde vienen? ¿Cómo se llaman? ¿Cómo han averiguado mi presencia aquí?

- Poco a poco, hermanito- dijo uno de ellos, dándole con su índice en el pecho y haciéndole retroceder un par de pasos, con los ojos todavía más abiertos, si ello era posible y prosiguiendo-. Tú, cerrarás el pico hasta que te preguntemos nosotros. De lo contrario... - y alzó su mano derecha en amenazador gesto.

Brian cerró instintivamente los puños, disponiéndose a la defensa, mas entonces intervino otro de aquellos desconocidos personajes, diciéndole:

- Os suplicamos mil perdones, noble caballero, por haberos interrumpido vuestro reparador sueño. Vuestro humilde servidor os ruega disculpéis las palabras de su compañero, dichas sin el menor animo de ofenderos.
La sorpresa de Brian iba aumentando gradualmente. Uno de ellos hablaba como un bandido de la peor especie. El otro lo hacía como si fuera uno de los compañeros de la Tabla Redonda del Rey Arturo. ¿Cómo lo haría el tercero? Lo supo al instante:
- Mi señor, tu esclavo te saluda y te desea miles de felicidades- dijo, haciéndole una profunda reverencia, para lo cual se arrodilló incluso en el suelo.
Brian se pasó una mano por los ojos, no creyendo realidad aquellos absurdos. Sin embargo, antes de que tuviera tiempo de responder, el primero lo cogió por el cuello, gruñéndole:
- ¿Vas a hablar, polizonte de los demonios, o quieres que emplee uno de mis métodos preferidos para hacer soltar la lengua a los mas reacios? Te voy a planchar las costillas a patadas y...
Esta vez no lo dudó ya Brian, separó bruscamente la mano que lo sujetaba y lanzó su puño derecho, en dirección a la mandíbula del hombre que lo amenazaba, en cuya mirada se advirtió la enormísima sorpresa que le producía aquel inesperado acto, que lo derribó contra sus compañeros, los cuales se apresuraron a sujetarlo, evitándole la caída contra el suelo de la gruta.
- ¡Basta ya de bromitas! -masculló Brian-. ¿Quieren decirme de una vez qué les ocurre para hablar de una forma tan rara? Y, sobre todo y por encima de todo, ¿quiénes son ustedes?
- Noble señor, perdonadnos una vez mas nuestras descorteses maneras. No estamos acostumbrados a hablar con gentes que no son de nuestro planeta -dijo el segundo.
Brian los miro incrédulamente.
- ¿Quieren decir que no proceden de la Tierra como yo? -preguntó.
- ¿De dónde quieres que seamos, so lila? -dijo desdeñosamente el golpeado-. Nuestro planeta es mejor infinitamente que el tuyo, ¡idiota!
Esta vez hubo de contenerse Brian para no repetir el golpe. Evidentemente estaba hablando con personas que conocían su idioma, bien que tuvieran rarísimas formas de expresarse, y fue a abrir la boca, pero el tercero de los personajes se le anticipó:
- Mi señor, tu esclavo fiel, deseándote de nuevo toda clase de bienes, te suplica humilde e indignamente pongas tus superiores oídos en disposición de escuchar nuestras reprobables palabras.
Ahora Brian ya no supo qué hacer: si echarse a reír como un loco, o dejar a aquellas tres personas que, en su opinión, estaban necesitando de los servicios de un buen psiquiatra, que dijeran quiénes eran y acabaran de explicarse. Optó por ésto y callo, en vista de lo cual, el

segundo comenzó a hablar:
- Noble caballero, os rogamos pongáis atención a nuestras explicaciones. Nosotros no somos de vuestro planeta, como así llamáis al mundo en que vivís, aunque el nuestro sea de una civilización infinitamente superior al vuestro. Nuestro planeta es designado sencillamente por una letra y un número: T-40, es decir, por unos signos que en nuestro idioma corresponderían al que usáis en el vuestro, apuesto mancebo.
- ¡Pe... pero... no acabo de... comprender...! -tartamudeó, todavía aturdido, Brian-. ¿No son ustedes de la Tierra?
Volvió a sonreí r, con aire de superioridad, el interlocutor de Brian, que continuó:
- No. Nosotros somos de T-40, y hemos aprendido vuestro idioma, noble señor, en lo que vosotros llamáis emisiones de radio. Nuestros medios son enormes y las captamos fácilmente.
Una luz pareció extenderse en la mente de Brian. que empezó a comprender, aclarándose todo en su cerebro cuando el que le había amenazado se señaló a si mismo con el pulgar hacia su propio pecho, diciendo:
- Yo soy Zimmo, y en cuanto te coja te voy a triturar los huesos.
Brian no se pudo contener esta vez. Ante la estupefacción de sus interlocutores, rió y rió abundantemente, hasta que las lágrimas se le saltaron de los ojos y cuando terminó, exclamó:
- ¡Fantástico! ¡inimaginable! Entonces usted, Zimmo, ha aprendido nuestro idioma escuchando las ondas de radio, ¿no es así?
- Tú lo has dicho, amiguito, y si me dejaran te iba a sacar las narices por el cogote...
- Mi señor, soy vuestro indigno esclavo y os ruego no hagáis mucho caso de las palabras de Zimmo. Me llamo Dass y mi corazón se sentiría infinitamente alegre si atuviera la dicha de que os llamárais nuestro amigo -dijo el tercero de aquellos hombres.
- En cuanto a, mi, ilustre caballero, mi nombre es Turr y soy aficionadísimo a vuestras emisiones de lo que llamáis teatro clásico -dijo el segundo.
- Ya. No hace falta que digáis, perdón, que diga usted más -sonrió Brian-. Seguro que a Zimmo le encantan las radiaciones de novelas policíacas, ¿verdad?
Sonrió ampliamente éste al contestar:
- Tú lo has dicho, perro maldito, y mi mayor placer seria...
- Ya me lo ha dicho antes, Zimmo: machacarme los huesos. Lo dejaremos para mejor ocasión, ¿no les parece? Y ahora les diré que me llamo Langdon, Brian Langdon. Terrestre. Bueno, del planeta que en nuestro sistema se le llama Tierra ¿Qué tal? -fue estrechando las manos de los otros una por una y, cuando acabó, preguntó:- ¿Pueden

decirme los motivos de su viaje a este planeta desconocido para mi?
- Veras -empezó a decir Zimmo-. Yo estaba en el observatorio que tengo a mi cargo en T-40 cuando vi que a N-98...
- ¿N-98? ¿Qué es eso de N-98? -inquirió, sorprendido, Brian.
- ¿Es que no lo entiendes, zoquete? -le dijo, muy serio, Zimmo-. N-98 es este planeta en el que nos hallamos ahora. Es la numeración que le corresponde en nuestro sistema. No sé cómo seréis los terrícolas; pero si todos son tan brutos como tú, muy mala impresión se llevaran en T-40 cuando vean la calamidad que les llevamos.
- ¡Oiga, oiga! -se amoscó Brian-. ¿Qué es eso de calamidad? En la Tierra, yo, a pesar de mi juventud, tenía ya mi fama como hombre de ciencia...
- ¡Apañados están allí! -zumbó sarcásticamente Zimmo-. Bien, hermano; al grano. Desde mi observatorio vi lo que ocurría, que una nave procedente de un mundo desconocido para nosotros habla llegado a N-98 y comuniqué el resultado de mis observaciones a mis dos amigos, Dass y Turr. Pensamos que quizá seria interesante averiguar la identidad de los pájaros que la ocupaban y, tras conseguir el oportuno permiso, vinimos para aquí. ¡Hemos perdido el tiempo! -declaró, apesadumbrado Zimmo.
- ¿Por qué? -preguntó, muy sorprendido Brian, ante la inesperada salida de su interlocutor.
- Porque sólo había un bicho dentro: tú.
- Creíamos que vendría llena de caballeros como vos -tercio Turr.
Una sombra pasó por delante de los ojos de Brian al recordar la trágica muerte de sus compañeros de exploración sideral, y Dass, observándolo, preguntó:
- ¿Puede vuestro humilde esclavo preguntaros la causa de vuestra tristeza, mi señor?
Los miro Brian. Vio que eran tres hombres de . constitución idéntica a la de él, todavía mejor formados físicamente, altos los tres, robustos, reflejándose en sus miradas la notable inteligencia de que debían estar dotados, y no dudó de que abrigaban buenas intenciones con respecto a él. Notó que una corriente de simpatía se establecía entre el y sus ya nuevos amigos, a pesar de la estrambótica forma de hablar de ellos, pero de la cual no tenían ninguna culpa, y comenzó a explicarse:
- Verán ustedes. Yo formaba parte de una expedición científica y de repente nuestra nave sufrió una avería. Tuvimos que aterrizar en N-98, como ustedes le llaman, con la idea de repararla, ya que en el espacio sideral no se podía efectuar y caímos en N-98. Pero cuando ya estaba todo dispuesto para nuestro regreso a la Tierra, nuestro jefe descubrió que había que aligerarla de peso todo cuanto fuera posible, y dejando además a uno de nosotros aquí, el cual había de ser recogido cuando se enviara una expedición de socorro. Yo me quedé

voluntario.
- ¿Qué fue de vuestros compañeros, caballero Langdon? -preguntó, interesado, Turr, que era el que parecía mostrar más autoridad de los tres.
- Murieron todos -declaró Brian-. Apenas se habían remontado, cuando reventó la astronave. Todavía, si se asoman ustedes, podrán ver algunos fragmentos de su estructura metálica en el exterior. Y yo me quedé solo en N-98.
- Un tipo con muchos reaños, sí señor -elogió Zimmo-. Yo mismo no hubiera sido capaz de quedarme así por las buenas como tú.
- Mi señor -intervino Dass-. ¿Qué pensabais hacer ahora, solo en este planeta?
Sonrióć levemente Brian al responder:
- No lo sé. Supongo que esperar pacientemente la muerte. ¿Que otra solución cabía?
- Supongo que ahora no os opondréis a venir con nosotros, ¿verdad, sir Brian? -quiso saber Turr.
Éste soltó una breve carcajada al verse adornado con un titulo nobiliario al que no tenía el menor derecho, y antes de contestar, declaró:
- Me agradaría mucho que procuraran hablar como yo, señores. Ni soy un caballero, al menos en el sentido aristocrático que lo entiende Turr, ni tampoco un monarca de lejanas tierras, como piensa Dass, ni tampoco un sujeto de cuidado, como dice Zimmo. Me gustaría me llamaran, lisa y llanamente, por mi nombre: Brian. Sin mas tratamientos que, por otra parte, no los merezco.
- ¡Bien, chico! -dijo, entusiasmado, Zimmo-. Pero no has contestado a la pregunta.
- Oigan -repuso Brian-. ¿Qué piensan ustedes que puedo hacer? En esta cueva tengo alimentos para tres meses, poco mas o menos. Cuando se me concluyan sólo me queda el recurso de dejarme morir de inanición. Supongo que su planeta sera habitable, ¿no es así?
Se miraron los tres personajes y fue el pintoresco Zimmo el que contestó, riéndose de buena gana:
- ¡Chico, vaya cosas que tienes! ¡Preguntar si T-40 es habitable!
- Mejor sera que lo vea él, cuando llegue allí -sugirió Dass.
- Cierto -dijo Turr-. No le diremos nada, Sir... perdón, Brian. Vos lo veréis a vuestra llegada y estoy absolutamente seguro de que nada en vuestro planeta es comparable en belleza al nuestro.
- Bien, puesto que, a lo que parece, el acompañaros es algo inevitable, antes quisiera haceros los honores de la casa -dijo Brian, empezando a rebuscar en los cajones de provisiones que le habían dejado sus infortunados compañeros-. ¡Creo que una taza de café y unos cigarrillos no os irán mal, ¿verdad?

De nuevo se miraron los tres, y fue Turr el que hablo:
- Ya sé que en la Tierra tomáis ese brebaje y os llenáis los pulmones con ese humo venenoso, pero nosotros no os acompañaremos. Podría sernos perjudicial al no estar acostumbrados.
Brian los miro incrédulo, pero, desistiendo, se encogió de hombros al mismo tiempo que decía:
- Supongo que no os alimentaréis del aire.
- ¡Oh! ¡No, nada de eso! -dijo vivamente Zimmo-. Tenemos nuestros alimentos científicamente comprobados -y sacó una pequeña cajita de uno de los bolsillos de su traje, parecido al que usaba Brian, abriéndola y dejando ver su interior, en el que había una serie de bolitas de color rojizo-. Ya sabemos que allí os hincháis de carne de infelices animales que mueren por satisfacer vuestros bárbaros instintos, pero nosotros, con una toma de esto, tenemos para todo el día. Es decir, para un período de tiempo similar al que en la Tierra llamáis día.- Toma una de éstas. Acabas de despertarte y supongo que tendrás hambre.
Brian cogió una de aquellas minúsculas esferitas, mirándola aprensivamente entre su índice y el pulgar, antes de tragársela. Pensó en las suculentas latas de conserva que tenía allí al alcance de la mano, y casi lloró al pensar que en lo sucesivo se despediría de aquellos pollos enlatados y que estaban tan sabrosos. Cerro los ojos y se la tragó, respirando después y sonriendo un tanto forzadamente, mientras que con su mano se frotaba el estómago.
- Supongo que después de un banquete tan opíparo no vendrá mal un cigarrillo, ¿verdad?
Sacó uno de un paquete y lo encendió ante las miradas asombradas de Zimmo y sus dos compañeros, exhalando el humo con visible placer. Después dijo:
- Os extraña, ¿verdad?
- Un poco -respondió Turr-. Hemos visto, por nuestros aparatos de transmisión; fumar a muchos hombres, pero nunca habíamos tenido uno al alcance de la mano que usara esa droga que llamáis tabaco y que tanto os perjudica. Pero, en fin, si queréis envenenaros, eso no es cuenta nuestra, Brian. Nuestra obligación es llevaros sano y salvo a T-40, como así lo prometimos.
- ¿Lo prometisteis? ¿A quién? -indagó, curioso, Brian.
- A... -iba Zimmo a contestar, pero se le anticipó Turr, interrumpiéndole.
- A la persona que nos gobierna y que tiene vivos deseos de conoceros, Brian.
El joven se inclinó levemente.
- Espero no defraudarla.
Zimmo lo miro con ojo crítico y dijo, riéndose:

- Creo que no, sino todo lo contrario. Y ahora, si nos lo permites, te ayudaremos a llevar a nuestro aparato las cosas que no quieras abandonar en N-98, puesto que ya nos hemos retrasado demasiado tiempo aquí.
- Está bien -respondió Brian, comenzando a bucear entre los objetos que había allí amontonados y separando unos cuantos de ellos, en tanto los tres habitantes de T-40 le ayudaban, obedeciendo sus indicaciones. Cuando el joven creyó estar listo, lo manifestó así, agregando:
- Creo que no sería muy difícil, si en alguna ocasión necesitara alguna de las cosas que ahora dejo, hacer un viaje para recogerlas. ¿no es eso?
- Espero que os sea concedido el permiso necesario, sir Brian... ¡Vaya! -se impacientó consigo mismo Turr, sonriéndole después-. Espero me disculpéis. Es muy difícil hablar como vos, después de haber aprendido vuestro idioma en una forma un tanto rara. Creo que con vuestra ayuda llegaré la conseguirlo. ¿Vamos ya?
Se colocaron todos los trajes aislantes, cargando con las cosas que había seleccionado Brian, abriendo la puerta, que se cerró a continuación, sin que el joven pudiera evitar volverse y arrojar una melancólica mirada sobre aquella cueva. Pero, suspirando, siguió adelante, detrás de sus nuevos compañeros, con los cuales se encaminaba a un mundo absolutamente desconocido para él.
Se quedó grandemente sorprendido al ver la extraña astronave, rodeada por aquel círculo, a la mitad de su diámetro esférico, posada en medio del suelo de aquel planeta, cuando se le apareció en un claro entre dos nubes de hielo pulverizado. No era muy alta, tendría unos seis metros a lo sumo y el círculo, cuya utilidad no comprendió, medio metro de grueso, separado otro tanto de la esfera, sin que, lo que llenó todavía más de estupefacción a Brian, estuviera sujeto para nada a la masa principal de la espaciosa nave y sin que el joven comprendiera aquel misterio, renunciando a explicárselo, pensando en que ya lo harían sus tres nuevos amigos. Y no vio tampoco ninguna señal de que hubiera alguna abertura en la esfera, a pesar de que abrió los ojos hasta dolerle.
Pero aquella explicación que buscaba la tuvo cuando vió a Turr, que iba en cabeza, meterse en el interior de la astronave, como sí fuera ilusión óptica, y detrás de él sus otros dos compañeros, que no necesitaron de puerta para desaparecer de su vista. Y Brian se quedó parado, estupefacto, atónito, sin comprender lo que ocurría, hasta que oyó en sus oídos la voz de Zimmo que le gritaba:
- ¡Vamos, chico! ¡No te quedes ahí parado como si fueras un pal_eto! ;Entra ya de una vez!
- Pe... pero... ¿y... y... la... puerta...? -malhabló apenas Brian.

- No hace falta. Echa a andar y lo verás -le dijo Zimmo, animándole.
Inspiró profundamente Brian y obedeció, pero cuando pensaba darse de narices contra la brillante esfera, vio asombrado que pasaba a través de ella, como si se tratase de una simple nube. Y apenas estuvo en el interior cuando parpadeó asombrado. ¡No se veía ya nada del exterior del planeta!
Vio las miradas maliciosas de los tres compañeros que sonreían al ver el infinito asombro de Brian, que no comprendía cómo había entrado en el interior de aquel globo metálico, como si él mismo fuera un espíritu inmaterial. No se fijó en la construcción de la espacionave, ni en los extraños aparatos que la gobernaban. Su mente estaba ocupada por aquel increíble hecho y de nuevo acudió a su mente el pensamiento de que estaba soñando todavía, durmiendo, apenas se habían marchado sus terrícolas compañeros de exploración sideral. Ni siquiera se enteró de que ya no estaban en N-98, sino a una enorme distancia de él, cosa que no supo hasta que Turr, pasándole una mano por encima de los hombros, lo llevó hasta un círculo blanco, diciéndole:
- Mire, Brian. Vea N-98, ¿Qué le parece? -apretó un botón y la imagen de aquel misterioso astro se le apareció, disminuyendo rápidamente de tamaño.
- ¡Es imposible! -susurró Brian, como hablando consigo mismo-. ¿Estamos... estamos viajando ya por el espacio, Turr?
- ¡Tú lo has dicho, simpaticote! -gritó alegremente Zimmo, de pie, ante una serie de extrañísimos instrumentos como no había visto en su vida Brian-. En este momento estamos ya a una distancia que en vuestra Tierra llamaríais cien mil kilómetros. ,
- ¡Cien mil kilómetros! -exclamó, todavía en el mayor de los asombros, Brian-. ¡En unos pocos minutos!
- Exactamente en tres, midiendo el tiempo como vosotros -corroboró Dass, terciando en la conversación.
- ¡Dos millones de kilómetros a la hora! -repitió, todavía sin estar seguro de si soñaba o no, Brian-. ¡Pero si no he notado que empezásemos a navegar!
- Es algo que te explicaremos... -dijo Turr, pero fue interrumpido por el joven.
- Antes quisiera saber como he atravesado estas paredes metálicas. ¿Por qué la esfera es opaca desde el interior si se puede atravesar como si fuera una simple nube de vapor de agua, o si yo fuera un fantasma?
De nuevo Turr, sonriendo, miró a sus compañeros y comenzó a hablar:
- Es un poco largo de aclarar, pero no dudo...
La voz de Turr quedó cortada bruscamente al resonar sobre ella otra en tono eminentemente autoritario, en tono que no admitía réplica:

- ¡Entregadnos al terrícola inmediatamente!

III

La voz aquella era metálica, estridente y su sonido lleno todo el interior de la esfera, como si naciese de todos los puntos de la misma. Imperativo en sumo grado era su tono, que corto en flor la explicación que Turr se disponía a dar a Brian sobre las extrañísimas características del raro material de que estaba contruída la astronave, que permitía atravesarlo con tanta facilidad como si no existiese.
Hubo unos momentos de silencio, pausa durante la cual Brian miro a sus compañeros, como interrogándolos acerca de la identidad del que había hablado, pero antes de que tuviera tiempo de, reaccionando, dirigirles la palabra, aquella voz fantasmagórica volvió a resonar de nuevo:
- ¡Sabemos las intenciones que os animan, habitantes de T-40. No os dejaremos saliros con la vuestra. Entregadnos al terrestre inmediatamente.
Antes de responder, Turr consultó con la vista a sus amigos y, viendo en sus ojos que estaban animados de la misma resolución que él, respondió:
- No podemos hacer eso. El terrestre no nos pertenece.
Turr había hablado en tono normal, como si su desconocido interlocutor estuviera unos pasos delante de él y no en algún ignoto rincón del Universo, pero la respuesta que obtuvo fue la misma que hubiera recibido de hallarse cara a cara con aquel que reclamaba a Brian con tanta imperiosidad.
- Es igual. Lo cogeremos nosotros, a pesar vuestro. Y después ya podéis figuraros cual será vuestro fin.
Brian quiso intervenir, buscando una solución al asunto:
- Escuche usted, quien quiera que sea. ¿Qué es lo que pretende de mi al querer hacerme su prisionero?
- Eso es cosa que no te incumbe, terrestre. A su debido tiempo lo sabrás. Ahora haz saber a tus amigos de T-40 que accedan a mis órdenes o lo tendrán que lamentar.
- ¿Qué piensan hacer ustedes? -se dirigió Brian a sus nuevos amigos.
- Tenemos una misión que cumplir -dijo Zimmo-. Y es llevarte a presencia de quien nos gobierna. Sólo con esta condición se nos permitió ir a N-98. ¡Pero esos cerdos...! -crispó los puños, mirando a un punto indeterminado del interior de la esfera, como si en aquél se hallara el enemigo invisible, pero no por ello menos amenazador.
- Esto es la mar de divertido -dijo Brian, como hablando consigo mismo-. Héteme aquí, no hace siquiera doce horas que estaba

condenado a una muerte más o menos segura, en un plazo no mayor de tres meses. Y ahora que encuentro la salvación me veo disputado por unos y otros, como si fuera la salvación de Dios sabe que cosa. En verdad que no lo comprendo.
- Nosotros sí- tercio Dass, abandonando el tono grandilocuente-, pero no estamos decididos a dejarte ir así como así. Esos perros de Z-2...
- ¿Z-2? -interrogo Brian-. ¿Otro planeta?
- Si. Un planeta de nuestro sistema, cuyo gobernante es rival del nuestro y no desaprovecha ocasión de mortificarnos -dijo Turr. .
- ¿Cuales son los motivos de esa enemistad? -quiso saber Brian.
- Ya los verás -le contesto aquél, observando unos aparatos cuya utilidad no pudo comprender Brian, por serle absolutamente desconocida, pero que supuso serían de control y observación de la rara nave del espacio-. Todavía están muy lejos de nosotros. A un millón de kilómetros de distancia.
- Media hora, pero si contamos que vamos a su encuentro, el tiempo se reduce a quince minutos, ¿no es así? -sugirió Brian.
- Exacto -repuso Turr, sin cesar de observar atentamente.
- ¿Qué pensáis hacer, pues? -inquirió el terrestre-. ¿No podemos escapar de esos tipos y refugiarnos en vuestro planeta?
- Si estuvieran desarmados, tal vez -contesto Zimmo en esta ocasión-. Pero si llevan lo que nos suponemos, nos largarán una bomba de 20 MGV y nos destruirán en un instante.
- Todas esas cosas son absolutamente nuevas para mi. ¿Qué clase de bomba es esa?-Brian no cesaba de hacer preguntas.
- Es una bomba que lleva en su interior electricidad equivalente a veinte millones de voltios. Al menor contacto con el objetivo, puedes figurarte, rota la envoltura del proyectil, cual es la suerte de la astronave que es alcanzada. Desaparece, fundida, en unos segundos, incapaz de resistir la enorme descarga eléctrica que esto supone.
- ¿No hay ninguna defensa posible contra esa clase de bomba? -inquirió Brian, sintiendo que unleve temblorcillo le corría por toda la epidermis.
- La única defensa posible -sonrió Zimmo- es hallarse a cuatro o cinco millones de kilómetros de distancia. Y si puede ser a diez, mejor que mejor. Pero yo ya tengo una idea para chasquearlos.
- ¿Si? -exclamó, interesado Brian-. La verdad, nunca me pude imaginar ser motivo de discordia para las humanidades de dos planetas que ni siquiera conozco.
Turr oprimió un botón de uno de los paneles de aquel lugar que Brian suponía era el sitio destinado a la construcción de la esfera, y una pequeña puertecita. se abrió, sacando de él unos objetos, todos idénticos, de veinte o veinticinco centímetros de longitud en cuadro, entregando uno de ellos a Brian, e indicándole:

- Vas a pasar tú el primero a esta habitación. Esos tipos de Z-2 se van a llevar un chasco.
- ¿Qué debo hacer?
Turr le indicó un botón que había en el centro de la caja y le dijo:
- No tienes que hacer otra cosa que en el momento en que yo te señale oprimir el botón. Lo demás será cosa de la burbuja.
- ¿La burbuja?
- Si. Nosotros la llamamos así. En vuestro mundo la llamarías salvavidas. El nombre es lo de menos. La utilidad, en tu planeta y en el nuestro, es la misma.
- No comprendo... empezó a decir Brian, pero Turr, ante las miradas aprobatorias de Zimmo y Dass, lo empujó hacia la cámara inmediata, sin darse cuenta el terrestre de que atravesaba un muro metálico de la misma forma que lo había hecho para entrar en la esfera interplanetaria. Perdió de vista al momento a los tres hombres y miro en torno suyo, advirtiendo que aquella pequeña estancia era de forma cúbica. y en ella apenas cabía un hombre. Luego examinó un tanto estupidamente la caja aquella, sin poder descubrir en la misma nada de particular, pero antes de que pudiera entregarse a sus pensamientos sobre las extraordinarias aventuras que le estaban ocurriendo y que todavía, en ocasiones, creía producto de su imaginación, trabajando durante el sueño, notó la voz de Turr que le decía:

- En esa caja va contenida la burbuja de salvamento. Tiene una cajita de tabletas alimenticias que te quitaran el hambre y la sed y podrán durarte hasta ocho días de los de tu planeta. Pero llegaras mucho antes al nuestro. Aire tendrás también y no te hará falta el traje de vacío. ¿Enterado?
- Si, pero... -quiso objetar Brian, mas fue interrumpido por la voz de Zimmo.

- ¡Atención! ¡Esos fulanos se nos echan encima! ¡No hay ni un minuto que perder! ¡Brian, oprime el botón! ¡Rapido!

Casi instintivamente hizo éste lo que le mandaban y al instante vio como la esfera en que viajaban sus tres amigos se reducía de tamaño hasta casi perderse de vista. Ni siquiera notó la brusca aceleración producida por su repentina separación de la astronave, absorto en las maravillas por que estaba atravesando. Pero de repente notó que sus pies, en

un involuntario movimiento, le cedían y quiso averiguar la causa.

Extendió las manos y notó que tocaban algo elástico que cedía a su contacto. Se volvió hacia el lado opuesto y notó lo mismo. Alargándolas hacia arriba, encontró la misma blanda resistencia. Se inclinó. Idéntica sensación. Y entonces hizo una cosa extraña, tras hacer una profunda inspiración, como decidiéndose a ella. Salto, tomando impulso con los pies, hacia arriba.

Su cabeza chocó contra la movible pared de la burbuja y lentamente fue cayendo hasta que sus pies tocaron el "suelo”. Comenzó a caminar por ella, pero apenas hubo dado tres o cuatro pasos cuando se detuvo y pensó si no estaría al borde de la locura.

¡Encerrado en aquella esfera elástica, absolutamente transparente, no sabía si tenía la cabeza arriba o abajo! No sabía cual era su posición y tras alguna vacilación, sintiendo flaquearle la inteligencia, notando que su frente estaba empapada en sudor, se sentó, cruzando las piernas a la usanza oriental, tratando de recapacitar sobre lo que le estaba pasando.

Estaba encerrado en una esfera, en la inmensidad del espacio, del vacío sideral, negro, totalmente negro, a excepción de los innumerables puntitos luminosos que eran los astros con luz propia. Encerrado en una esfera de plástico transparente, de una materia desconocida por completo para él, viajando sabe Dios hacia dónde, hacia qué desconocido destino, sin saber la velocidad, ni siquiera si se movía o estaba parado. Quiso decirse a sí mismo que Turr y sus compañeros sabían lo que se hacían al enviarle fuera de la espacionave, que no le ocurriría nada, y para comprobarlo desconectó la llave de paso del oxígeno de su traje de vacío y se quitó la escafandra.

Tenían razón aquellos tres habitantes de T-40. El aire de la burbuja era respirable. Pero girando su vista en todos los sentidos no vio ningún aparato productor de atmósfera, hasta que de repente reparó en algo en lo que no se había fijado hasta entonces: dos pequeñas cajitas, sujetas en un lado del elástico material de aquella diminuta esfera, el mundo mas pequeño del Universo, con un solo habitante en él. Y la idea ésta le hizo sonreír a Brian involuntariamente. Pero dejó sus pensamientos a un lado para examinar aquellas cajas.

Uno de ellas no le resultaba desconocida del todo. Abriéndole, confirmó sus suposiciones y la vio llena de bolitas alimenticias. La otra fue la que le intrigó, ya que no vio nada, por más vueltas que le dio, que le indicara el modo de abrirla, pero de repente se sobresalto al

escuchar una voz dentro de la esfera.
Miró en todas direcciones, tratando de averiguar la procedencia de la voz, y súbitamente, al reparar casualmente sus ojos en la superficie de la caja que tenía en la mano y que mediría unos veinte centímetros de lado, aproximadamente, por media docena de espesor, vio que era ni mas ni menos que una diminuta cámara televisora. Y la voz era la de Zimmo, en la que se notaba un alegre acento.
- ¿Cómo va eso, terrestre? ¿Estás bien? Un poco asombrado, supongo, pero ya te acostumbrarás a nuestras maravillas.
- No te veo, Zimmo -observó Brian.
- Ni falta que hace, chico -le respondió aquél-. Lo que interesa es que veas lo que les va a ocurrir a esos tipos de Z-2 dentro de unos minutos. Toca el lado derecho de la cámara y veras aproximarse las imágenes. Luego pon atención a lo que ocurre. ¡Les vamos a dar para el pelo! ¡Hasta luego, terrícola!
Brian decidió hacer una cosa: en lo sucesivo no se asombraría ya absolutamente de nada, fuera lo que fuera, por más fantástico e inimaginable que le ocurriera. Haciendo caso al pintoresco Zimmo, tocó suavemente el costado de la cámara, de la forma que le había indicado y de repente, como sí se le acercara vertiginosamente, se le apareció en la pantalla la imagen de la esférica astronave, inmóvil, al parecer, flotando en medio del espacio. Pero casi al momento vio salir de ella una bola luminosa de enorme fulgor y perderse en medio de la oscuridad del firmamento, dejando tras sí una estela luminosa, como si fuera una raya blanquísima, brillante, aunque Brian comprendió que era simplemente uno de aquellos proyectiles MGV de que había hablado aquel desconocido de Z-2 y que la raya producida no era la estela, sino simplemente la persistencia de las imágenes en la retina, causada por la enormísima velocidad a que marchaba aquel proyectil cargado de electricidad condensada a elevadísima tensión.
Siguió instintivamente el camino del MGV y lo vio perderse a lo lejos. Queriendo averiguar su destino, volvió a mover el mando de la pantalla y se acercó repentinamente aquella región del espacio, en la que rápidamente un punto brillante, mayor que los demás, comenzó a destacarse al aumentar de tamaño, y cuando Brian lo pudo ver a su gusto, se felicitó de su decisión de no asombrarse para nada, ocurriera lo que ocurriera.
La nave de Z-2, enemiga, era totalmente diferente de la de T-40. Ésta era esférica. Aquella era plana, ovoidea, si bien tendría un grosor que Brian calculó en cuatro o cinco metros por unos quince de anchura, pero en los bordes era redondeada, sin que se viera en ella ninguna otra protuberancia. ¡Y de repente, de uno de los costados de aquella nave, salió otra bola de luz!
Brian no dudó que las dos naves estaban combatiéndose mutuamente,

tratando de destruirse la una a la otra, y no pudo por menos de sentir infinito agradecimiento hacia Turr, al querer ahorrarle los peligros de un combate, que indefectiblemente tendría que concluir con la destrucción de uno de los dos aparatos, o quién sabe si de ambos a un mismo tiempo.
De nuevo volvió a sonar en sus oídos la voz de Zlmmo:
- ¿Eh? ¿Qué te parecen esos tipos de Z-2? Si se descuidan los dejamos fritos en un segundo.
- ¡Ten cuidado, Zimmo! -exclamó Brian, sin poderse contener-. Os han disparado un proyectil eléctrico.
Una sonora risa pudo oírse en el interior de la burbuja elástica.
- ¡No te preocupes, amiguito! Ya lo hemos visto y lo hemos esquivado. Si te fijas veras qué ocupados andan ellos en deshacerse del regalito que les hemos enviado.
Tenía razón Zimmo. Brian observó la pantalla de televisión y advirtió los frenéticos esfuerzos de la espacionave enemiga por esquivar aquella bola de fuego que se encaminaba en derechura hacia ella y que consiguió al fin, no sin notable esfuerzo, disparando. a su vez, otra que se encaminó hacia la esfera como un rayo.
Alguna maldición de Zimmo llegó hasta los oídos de Brian, por lo que éste pudo deducir que también habían pasado las suyas. Y, después, durante unos cuantos minutos. las rayas luminosas, indicadoras de otros tantos proyectiles del tipo MGV, caminando en ambas direcciones, indicaron al terrestre que ambos aparatos estaban haciendo lo que él, en su planeta, hubiera llamado tiroteándose a discreción.
Bruscamente un resplandor mayor que los demás llenó, no sólo la reducida pantalla televisora, sino el espacio, deslumbrando un instante a Brian. Cuando los efectos del fogonazo se le pasaron, no vio a ninguna de las dos astronaves y no dejó de temer por la suerte de sus dos amigos. Llamó angustiado:
- ¡Zimmo! ¿Dónde estás? ¡Contestadme! ¡Por el amor de Dios! ¿Estáis vivos o...?
Calló Brian, sin atreverse a pronunciar la palabra fatídica. Sí. Debían estar muertos. Sin duda habrían sido alcanzados por alguno de aquellos extraños y poderosísimos proyectiles a cuyo solo contacto se sufría una potente descarga eléctrica. La esfera se habría fundido en un instante, al liberarse la espantosa energía de los veinte millones de voltios; generando un calor abrasador, de una graduación inimaginable, y ahora ya no quedaría ni el menor rastro de los tres amigos de Brian. Su aparato, sus cuerpos mismos, habrían desaparecido en un instante, volatilizados, convertidos en algo menos que humo. No habrían quedado ni cenizas de ellos.
Esta vez sí que se quedó completamente desalentado Brian. Durante

unos momentos había creído en la salvación, cuando al despertarse en la cueva de N-98, viera por primera vez a aquellos tres hombres, cuyo aspecto le había sido tan agradable. Había creído en su salvación cuando, sin notarlo, la esfera interplanetaria, había emprendido su viaje a través del Universo, en busca de T-40, había creído en su salvación cuando fue arrojado al vacío en la burbuja aquella, pero destruida la espacionave amiga, ya no le quedaba la menor duda acerca de cual seria su posterior destino. Se resignó ya por segunda vez y tanteando en los bolsillos de su traje y encontró un paquete de cigarrillos, encendiendo uno. Luego, con el en los labios, cruzó los brazos detrás de la nuca, y aprovechando la elasticidad de su esterilla, se echó hacia atrás, para levantarse de un salto casi al instante, con los ojos dilatados por el asombro, a pesar de haberse jurado a sí mismo que ya no se sorprendería por nada ni, por nadie.

¡Encima de su cabeza, aumentando de tamaño vertiginosamente, a medida que se aproximaba a la burbuja, se veía un enorme globo, suspendido en el aire! Y Brian advirtió que subía hacia él, a grandísima velocidad.

Entonces, el terrestre hizo una cosa rara. Dio unos cuantos pasos por el interior de la burbuja y se encontró con que en vez de subir hacia el planeta, descendía hacia él. Se movió otro poco y comprobó que se aproximaba lateralmente y no pudo menos de reírse de si mismo, al contemplar prácticamente, cuan relativos eran los conceptos de arriba y abajo en el espacio. Según se colocara tenía a aquel planeta al que se acercaba velocísimamente, encima, debajo, a su derecha o a su izquierda.

No obstante, dejó tales consideraciones para mirar el fascinador espectáculo que era para él la contemplación de un mundo nuevo. Un mundo brillante, hermoso, a juzgar por lo poco que se podía adivinar desde la distancia a que todavía se hallaba Brian, pero que en ningún momento dudo fuera como aquel misterioso e inhóspito N-98, al cual habían sido arrojados por la avería de su aparato sideral. Distinguió ya, a los pocos momentos, con toda claridad, mares, por el color azulado, brillante, de las zonas en que estaba situado, que destacaban claramente del color verdoso de lo que debían ser los continentes, velados a veces por fajas blanquecinas, que Brian supuso enormes bancos de nubes. Y de repente, la esfera comenzó a trepidar.

Brian buscó un asidero. Comprendió instintivamente que estaba entrando ya en la atmósfera del planeta y quiso hallar algo para reducir el que creyó inevitablemente fatal choque. Pero antes casi de que lo pudiera hallar, atravesando una masa semiobscura, de nubes, la tierra, con su fantástico verdor, indicador de gigantescas extensiones de bosque, apareció debajo de él. Y en el centro de la mancha verde, otra blanca, resplandeciente, cortada por líneas más obscuras, resalto

brillantemente, en tanto que la burbuja se encaminaba rectamente hacia el centro de lo que Brian vio en seguida era una ciudad de indescriptible belleza.

IV

- ¿Quién eres, forastero?
La pregunta fue hecha por una bellísima mujer. Una mujer recostada en lo que parecía un diván, vistiendo una especie de túnica de un tejido metálico, brillante, pero suave y sedoso al mismo tiempo, al menos por lo que juzgó Brian a simple vista. La túnica dejaba al descubierto uno de sus hermosos hombros y por la parte inferior, un diminuto pie asomaba un poco, calzado con una liviana sandalia de aquella misma tela. Pero apenas se fijó el terrestre en aquellos detalles. Lo único que veía era el rostro de la mujer, bello, subyugador, poseedor de unos ojos negrísimos en cuyas pupilas parecían centellear fulgurantes estrellas, obscureciendo la catarata del cabello, azul a fuerza de ser negro, que le caía sobre los hombros. La boca era un trazo sangrante sobre la blancura del rostro, pero Brian advirtió que eran los labios por si solos, sin la menor sombra de maquillaje. Y debajo de la túnica, el joven advirtió unas exquisitas líneas estatuarias, pero al mismo tiempo pensó que la mujer, salvo el hablar, debía ser eso únicamente, una estatua, fría como el mármol, indiferente como la piedra a todo lo que no fuera ella.
Impacientándose, la beldad volvió a inquirir, con su voz acariciadora y repelente al mismo tiempo, pero imperiosa y mandona en toda ocasión, sin necesidad de estridencias sonoras de ninguna clase:
- ¿Quién eres, forastero? ¿No se llaman así en tu planeta a los seres de otro mundo o de otro pueblo?
- Tienes razón -dijo Brian, tuteándola a su vez, e importándosele un ardite de lo que ella pudiera pensar-: Soy un forastero en este planeta. Me llamo Brian Langdon y en la Tierra, de donde procedo, me decían era un sabio.
- ¿De veras? -sonrío ligerísimamente la mujer, en tono burlón-. ¿Un sabio? ¿Qué es lo que sabes?
- Si vale la palabra aquí, era un experto en astronáutica- repuso, sereno, Brian, sin dejarse intimidar por la mirada de la mujer, que le pareció taladraba sus pensamientos.
- ¿Astronáutica? -rió ella, en tono suave, continuando-: ¿Acaso construís naves como las nuestras?
Antes de contestar, Brian trató de medir sus palabras. Ignoraba sí se hallaba en T-40 o en Z-2 y no sabía qué es lo que le podía ocurrir si contestaba que conocía la esfera de Turr y sus amigos. Le habían

conducido hacia allá apenas tocó tierra, sin hacerle ninguna pregunta, sin hablarle cuando él las hacía y antes de que hubiera tenido tiempo de examinar a su placer la gran ciudad, en una de cuyas plazas había finalizado su viaje sideral, le habían conducido a un edificio colosal, de extraña arquitectura, blanco, con rarísimos dibujos en sus muros y en sus columnas y lo habían introducido en aquella pequeña estancia, en la que únicamente se hallaba la mujer, ante la cual, sus captores se habían inclinado profundamente, retirándose y dejándoles solos apenas ella había hecho un ligero gesto con su mano. E inmediatamente la hermosa habla hecho su primera pregunta.
- No se como son vuestras espacionaves -dijo Brian, sin comprometerse a nada.
- ¿Acaso no has viajado en una de ellas? -preguntó la mujer, pero él, audaz, sin tener tantos reparos como los que le habían llevado hasta allí, preguntó a su vez, reprochándola irónicamente:
- En mi país, cuando una persona declara su nombre, la otra se presenta a continuación. Tú ya sabes quién soy yo, pero no puedo decir lo mismo respecto a ti.
Un relámpago de ira brilló durante unos instantes en las negras pupilas dé la hermosa, que comenzó a incorporarse, pero súbitamente, interrumpió su movimiento para volver a la misma posición, respondiendo, no obstante con aquella voz un tanto monocorde:
- En vuestro planeta me llamarían Majestad al dirigirse a mí. Fuera de mi presencia dirían que soy la Reina de T-40. Y en todo momento, mí nombre es Sherma. ¿Estás satisfecho, extranjero?
Brian hizo una burlesca inclinación:
- Soy vuestro humilde servidor, Majestad -y al pronunciar estas frases se acordó repentinamente de Dass y no pudo evitar la pregunta-. ¿Sabéis qué es lo que ha sido de los tres hombres que fueron a buscarme a N-98?
- Hablaremos de ello mas adelante -dijo indiferentemente Sherma, tomando algo que a Brian le pareció un espejo y jugueteando con él-. Quisiera que me contaras algo de tu planeta.
- ¿No sería más oportuno que se me dijeran los motivos por los cuales se me ha traído hasta aquí? -preguntó Brian, comenzando a impacientarse y adelantando la barbilla agresivamente, sin el menor respeto para la que se titulaba Reina de T-40.
Ésta iba a responderle algo no muy grato, pero súbitamente, en la cabecera del diván sobre el cual estaba echada, apareció una luz pequeña, de tonos que variaron del blanco al violeta en rapidísima trasmutación, ¡y el rostro de la mujer tomó de repente, una actitud temerosa, como si de repente sintiera un infinito respeto hacia alguien. Miro en dirección hacia la luz y pronunció unas extrañas palabras, apagándose aquella lamparita, empotrada en el diván,

apenas calló la mujer. Y a continuación, cuando esta se levantó, Brian pudo admirar su pureza de líneas, su elevada estatura y su noble porte y se confesó a si mismo que, a pesar de su aparente frialdad, debajo de la cual debía esconderse con toda seguridad un volcán de pasiones, hábilmente disimuladas, era Reina porque tenía la majestuosidad de un femenino monarca, bien que el terrestre no comprendiese los motivos del temor que había demostrado ella al aparecer la luz.
- ¡Sígueme, extranjero! -ordenó ella brevemente.
- ¿Puedo preguntar dónde vamos ahora? -se emparejó al lado de ella, caminando y no sorprendiéndose al atravesar al muro como ya antes lo hiciera en la esfera.
- El Cerebro quiere verte, extranjero -dijo Sherma, con la vista fija hacia adelante, atravesando una espaciosa sala, en el centro de la cual había un circular estanque, rodeado de abundantes plantas y flores de extrañas formas y aromas desconocidos para el terrícola.
- ¿El Cerebro? ¿Es el que manda aquí? ¿No habíamos quedado en que tú eras la reina de T-40?
Pero ella no se digno contestarle, deteniéndose ante una pared, sin hacer el menor gesto para atravesarla, hasta que de repente, una luz que como la anterior apareció blanca y desapareció tras haber pasado por todos los tonos de la escala cromática, la indicó lo que Brian supuso acertadamente era el paso libre.
La sala era de unos diez metros de largo por cinco de ancho. Pero no había en ella el menor mueble. Únicamente una extraña máquina que ocupaba casi la totalidad de la estancia, en la cual se veían brillando alternativamente luces de todos los colores, en un fantástico juego de maravillosas tonalidades. La Reina se detuvo delante de aquella máquina que a Brian le recordó una inmensa calculadora electrónica de las que existían en la Tierra, y volvió a ha—blar en aquel extraño idioma. A Brian le pareció que una luz parpadeaba mas intensamente que las demás y entonces la altiva, la orgullosa Sherma hizo lo que nunca el joven se hubiera atrevido a sospechar que hiciera: se inclinó profundamente, como saludando a la máquina aquella y se retiró andando hacia atrás, ante la estupefacta mirada de Brian.
Pero si este se había quedado atónito, todavía lo estuvo más cuando una voz, hablándole correctamente en su idioma, sin el menor acento extranjero, le saludó:
- ¡Bienvenído a T-40, señor Langdon!
Éste se volvió mirando a todas partes para averiguar de dónde procedía aquella voz, pero antes de que consiguiera nada práctico, sonó una breve risita y la voz continuó hablando:
- No se esfuerce buscando, señor Langdon. O mejor dicho, si no le importa, le llamaré Brian a secas. Es más cómodo. Estoy aquí dentro de la máquina -hubo una pausa que al terrestre se le antojo harto

dramática y luego la voz exclamó, rotunda, aparatosamente-. ¡Yo soy el Cerebro!
- ¡El... el... cerebro? -tragó saliva Brian-. ¿Pue... puedo saber qué... que es eso?
De nuevo volvió la sonar la irónica risa:
- Sí, si tienes un poco de paciencia. Yo soy quien rige no sólo este planeta, sino el sistema. Yo soy quien supo que te habías quedado solo en N-98 y quien sugirió, telepáticamente a Zimmo y sus amigos que fueran a rescatarte.
- ¿Y la Reina Sherma?
Si Brian no se hubiera hallado delante de una máquina, hubiera jurado que en el tono de la voz que salía de ella, había la nota de una desdeñosa sonrisa:
- Sherma gobierna este planeta porque quiero yo. El día que se me antoje la desterraré al final de nuestra galaxia.
- ¡Hum! -exclamó dubitativo Brian-. La noticia es interesante, señor Cerebro. ¿Es correcta la forma de llamarle así?
- Demasiada ironía, Brian -le repuso la máquina-. Yo no tengo nombre. Con un simple tú, como ya has observado lo hago contigo, es mas que suficiente.
- ¿Puedo preguntarte los motivos de mi estancia aquí? Nadie me ha sabido dar una clara explicación a ello. Todos la han rehuido y sé que de otro planeta salió una expedición dispuesta a conquistarme. No sé que valor puedo tener yo, un hombre terrestre, que a lo que parece, es menos inteligente y civilizado que el último de cuantos pueblan este sistema planetario, para que nada menos que dos mundos se peleen entre si -dijo Brian, agregando a continuación, divertido consigo mismo por el pensamiento que se le había ocurrido-. Heme aquí convertido en una modernísima versión, en masculino, claro esta de Helena de Troya.
Si Brian no se hubiera hallado frente a una máquina, hubiera podido jurar que del extraño y enorme artefacto había salido algo así como una contenida carcajada. Pero creyó había sido una ilusión de sus tímpanos.
- Son muy complejos los motivos que me han impulsado a traerte hasta aquí, Brian -dijo el Cerebro-. Pero en primer lugar has de comprender que es el humanitarismo el que figura a la cabeza de todos ellos.
El terrestre no pudo evitar la hilaridad ante las palabras que salían de la máquina, por lo que esta le preguntó:
- ¿Qué es lo que te pasa, Brian? ¿Qué has visto en mis palabras que te hayan empujado a reírte tan desaforadamente?
Contuvo el joven sus impulsos risibles, en tanto preguntaba:
- ¿No te enfadaras si te lo digo con franqueza? Bueno, me olvidaba

que una máquina no puede sentir. Sólo hablar y hacer que los demás hagan lo que ella desea.
- Y muchas cosas más que ignoras -dijo el Cerebro, en tono duro, que no dejó de advertir Brian-, pero que por ahora te ahorro el explicártelo. Sabe únicamente que nadie que no fuera otro que tú me hubiera podido hablar impunemente. Ya no existiría.
- ¡Caramba! -se asombró el terrestre-. ¡Sí que te lo has tomado en serio...! Bien. Me hizo gracia el que una máquina, un conjunto de metales, lámparas, resortes, una cosa, en fin, creada por la mano del hombre y que por lo tanto no tiene vida, hablara de humanitarismo.
- Dejemos eso a un lado -gruñó el Cerebro-. Ya te he dicho que no podía consentir que murierais tú y tus compañeros en N-98 y me sorprendió enormemente el saber que sólo volvía uno.
- Si. Los otros murieron -dijo Brian, pensativamente, recordando una vez más sus infortunados compañeros que creyeron salvarse huyendo del terrorífico planeta para hallar la muerte a unos cuantos kilómetros de distancia. Pero súbitamente levantó la cabeza y preguntó-: Hay una cosa que me extraña. ¿Por qué he podido atravesar los metales como si no existieran, en uno de los dos sentidos y, a lo que parece, en el sentido contrario es imposible?
- Conseguí alterar la composición molecular del acero. Eso es todo, pero no puedes comprender, me costó muchísimos anos de trabajo y de estudio. No diez ni veinte, sino mas, muchos mas -repuso el Cerebro.
- ¿Que tú...? -exclamó Brian-. ¿Pero no habíamos quedado en que eres una máquina?
- Continuaremos con el tema otro día, Brian. Eres un notable sujeto y me convendrás mucho. Me parece que tu adquisición ha constituido un notable éxito para mí -dijo la máquina.
- ¡Cualquiera diría que yo soy un esclavo! -gruñó Brian, molesto por aquellas palabras.
- Anda. Yo te abriré la puerta. Vete con Sherma. ¡Guapa chica!, ¿no? -el tono esta vez sí que era declaradamente zumbón y Brian decidió ponerse a tono con su metálico interlocutor.
- ¡No tienes por ahí algo con qué abrigarme? Me parece que Su Majestad es un témpano de hielo -dijo irónicamente el joven.
- Quizá tú consigas fundir esa frialdad, Brian.
- ¡Hum! Mucho lo dudo -dijo éste, volviéndose hacia la pared opuesta, en la que un trozo de muro de acero comenzó a deslizarse suavemente, dejando el espacio justo para que Brian pasara, encontrandose al momento en aquella estancia en la que había flores y agua. Pero se llevó la gran sorpresa, una sorpresa con la que no esperaba: tres hombres que sonrieron ampliamente, satisfechos de verle de nuevo.

- ¡Brian! -exclamaron al unísono, avanzando el trío hacia él.
- ¡Zimmo, Turr, Dass! ¡Amigos, que alegría me dais al veros! -habló íntimamente alegre el joven, saliendo al encuentro de sus compañeros-, ¿Cómo ha sido eso? ¿Cómo os las arreglasteis para salir de aquel apuro?
- Un poco de suerte -Zimmo le guiñó el ojo a Brian-. Le ganamos a aquellos tipos por la mano y le zumbamos a base de bien. ¡Menudo asado a la sideral!
Brian rió de buena gana las pintorescas frases de su amigo, inquiriendo a continuación:
- Os estuve llamando cuando vi algo que estallaba en el espacio. ¿Cómo es que no me contestasteis? Temí que hubierais sido vosotros los tostados.
- ¡Oh! Fue una avería sin importancia de los transmisores. Una bomba MGV estalló demasiado cerca de nosotros y eso influyó en las conexiones -dijo Turr, que continuó-: Y ahora, ¿querrás contarnos algo de ti? Debes ser una persona muy importante cuando te ha llamado el Cerebro. Regularmente habla solo con la Reina Sherma. ¿Es indiscreto preguntarte lo que habéis hablado?
- No. Nada de eso -repuso Brian-. En realidad, nuestra conversación ha carecido de importancia.
Turr y sus amigos no quisieron insistir sobre este tema, respetando la decisión del terrestre que no parecía muy dispuesto a soltar la lengua, pero antes de que continuaran hablando, todos, excepto Brian, que movió ligeramente la cabeza, se inclinaron ante la Reina, que pasó por el lado de ellos, deteniéndose un instante ante el grupo, fijando sus fríos ojos, sin la menor expresión en su rostro ni en el tono de sus palabras, dirigidas a Brian:
- Veo que nuestro Cerebro te considera algo muy importante como para querer verte apenas llegado a nuestro planeta, extranjero -y a continuación dejó ver en sus palabras una ligera sombra, mezcla de resentimiento y de celos-. ¿Te crees tú mismo tan alto como yo?
La sonrisa de Brian era irónica al responder:
- ¿Que opinas tú, Sherma?
Centellearon de cólera los hermosos ojos negros de la mujer, dejando ver en el fondo de sus pupilas una tempestad de chispitas doradas al escuchar las para ellas insolentes palabras del terrestre. Pero se dio cuenta a tiempo de su dignidad y recogiéndose ,un tanto los pliegues de su túnica, irguiendo altivamente la cabeza, contestó antes de echar a andar, en tono despreciativo:
- Cúidate, extranjero. Procura no despertar mis iras. Podría costarte caro.
- Gracias por la advertencia -se inclinó esta vez profundamente Brian-. Estaré prevenido contra los que me envíes.

- Ten cuidado - e dijo Turr al oído-. Sherma es bastante orgullosa y vengativa y no te perdonará lo que le acabas de decir, lo cual añadido a lo que ella ya esta creyendo su suplantación por ti en la estimación del Cerebro, es suficiente para que sienta por ti todo menos cariño.
- ¿Crees tú? -se echó a reír despreocupadamente Brian-. No la he tratado apenas, pero me parece que lo que necesita es una buena azotaina.
- Bien -terció Dass-: creo que es hora de abandonar este tema. ¿Por que no nos vamos a la habitación que le han designado a Brian? Allí podríamos continuar hablando, pero de otras cosas.
- Cierto -aprobó este-. Vamos hacia allá. Tengo verdaderos deseos de saber detalles sobre este planeta. Me parece que voy a estar todo el rato haciéndoos preguntas.
- Que nosotros te contestaremos con mucho gusto -dijo Turr-. Por aquí.
No tenía nada de particular la estancia destinada a alojamiento de Brian. Éste pensó que, a pesar de su civilización, en T-40, debía imperar un sentido de la vida realmente espartano, ya que apenas había otros muebles allí que un sencillo lecho, pero pronto cambió de opinión al ver, en la cabecera del mismo una fila de botones, en cada uno de los cuales había unos extraños signos. Turr fue quien se lo aclaró, indicándole el uso de cada uno de ellos: televisión para intercomunicación, refrigeración, calefacción, baño que apareció súbitamente en el suelo al apretar uno de ellos saliendo automáticamente el aguas. Pero de repente Brian exhaló un grito de placer al ver en un rincón, cuidadosamente colocadas las cosas que se había traído desde N-98 y de un salto se colocó junto a ellas, abriendo apresuradamente un paquete, del que sacó tabaco,
- ¡Verdaderamente estaba necesitando un cigarrillo! -dijo, encendiéndolo y aspirando el humo con avidez-. No soy lo que en mi planeta se llama un empedernido fumador, pero un pitillo de vez en cuando me gusta.
- Tendré que poner en marcha el aspirador -sonrió Zimmo, uniendo la acción a las palabras, en tanto que Brian, en cuclillas sobre los bultos, revisaba cuidadosamente su contenido, sacando de uno de ellos un extraño artefacto, con un cinturón de cuero que se ciñó a la cintura. Luego, todavía extrajo otro objeto lejanamente parecido pero bastante mayor y lo sopesó con satisfacción, sonriendo a sus compañeros:
- Me parece que si Sherma me envía a alguien con un "recadito" -dijo alegremente-, no me hallará desprevenido. Como no sean los primeros en dar, el segundo golpe no lo podrán repetir.
- ¡Vaya, vaya! -exclamó Zimmo-. ¡Pocas ganas que tenía yo de ver una "Thompson" auténtica! ¡Eso de que solo la haya visto transportando la imagen desde miles de millones de kilómetros de distancia me estaba

desesperando ya! De veras que tenía deseos...
- Os agradeceremos profundamente que os estéis quietos -dijo en esto una voz, interrumpiendo a Zimmo y prosiguiendo-: ¡Terrestre, haz el favor de acompañarnos, sin oponer la menor resistencia! Podría resultarte fatal.

V

No era pequeña la habitación de Brian y por eso pudo ver a ocho o diez hombres equipados como si acabaran de llegar de otro planeta o estuvieran dispuestos a emprender un viaje a los espacios siderales: traje de presión y esférica escafandra transparente, con los depósitos de oxígeno a la espalda eran sus características especiales, amén de unas extrañas armas, de forma parecida a la pistola que colgaba del cinto del terrestre y colocadas asimismo en forma similar. En tanto los hombres se esparcían en semicirculo, su jefe, quedándose en el centro, volvió a repetir la conminación:
- Espero no tener que usar de la fuerza para llevarte con nosotros, terrestre. ¡SÍguenos!
- ¡Un momento! -pidió amenazador-: ¿Puedo saber qué interés tenéis en mi?
El interlocutor de Brian lo miró desdeñosamente, sonriéndole de modo que el joven pensó que no le había faltado otra cosa que escupirle a la cara:
- Eso no me importa a mi. Por lo que a mí respecta, no tendría mas placer que usar esto -y al decir la última palabra, se palmeó repetidamente aquella arma pendiente de su cintura, lo cual hizo sonreír a Brian, el cual tuvo de repente una repentina inspiración.
Volvió ligeramente la cabeza hacia el lado en que se hallaba Zimmo, diciéndole, sin perder de vista a sus enemigos:
- ¿Qué te parecería si organizáramos algo como lo que oyes en tus emisiones de radio, Zimmo?
El cuerpo de éste, temblaba de pura excitación, ardiendo por entrar en combate, al replicar:
- Es una lástima que sólo tenga mis manos.
- No te preocupes, Zimmo -exclamó Brian-: No creo que te haga falta mucho tiempo para aprender a manejar una pistola, ¿verdad?
- ¡Cielos! ¡No! -respondió aquél-. ¡Si podría hacerlo con los ojos cerrados!
- ¡Espléndido! -aprobó Brian y antes de que sus sorprendidos rivales tuvieran tiempo de oponerse, el terrestre se sacó con rapidez su pistola de la funda lateral y se la arrojó a Zimmo que la cogió en el aire, moviendo inmediatamente la corredera del arma y metiendo una bala

en la recamara del arma.
- ¡Estupendo! ¡Si casi no acabo de creer en mi suerte! -exclamó alegremente Zimmo- ¡Vamos, coyotes, acercaos! ¿A qué esperáis?
El jefe de los "invasores” movió los pies aprensivamente y dirigió una mirada a sus hombres, como si quisiera consultarles con la vista lo que debía hacer. Creyendo haber hallado aprobación en todos ellos, suspiró y echó mano al arma de que estaba equipado.
¡Crack! El disparo resonó como un trallazo en la habitación y aquel hombre se miro incrédulamente la mano vacía, en tanto que Zimmo se pavoneaba orgullosamente ante lo que únicamente habla sido un disparo de buena suerte que había desarmado al jefe de aquella patrulla de Z-2. Y a continuación fue Brian el que intervino, en esta ocasión con peores resultados para el hombre que había intentado sacar su arma de la funda.
La "Thompson" tableteó estruendosamente en la habitación durante el par de segundos que el dedo de Brian estuvo oprimiendo su disparador y sin un solo grito aquel soldado se derrumbó como un saco vacío de su contenido, en el suelo, manchándolo con su sangre y moviéndose durante unos momentos cada vez mas débilmente hasta que su corazón herido cesó de latir.
- ¡Esas son las consecuencias de despreciar armas anticuadas! -exclamó Zimmo-. ¡Vamos, chicos! ¡Rascad el techo con las manos!
Naturalmente, los soldados de Z-2 no sabían el objeto de tal maniobra, pero obedecieron. El ejemplo de su jefe mirándose, sin comprenderlo todavía, cómo su arma le había sido arrancado de la mano, y el cadáver de su compañero, les impulsaron a obrar de la forma que había indicado Zimmo, que empuñaba con firmeza su pistola terrestre y que reía satisfecho de su acción.
- Tendremos que desarmarlos -dijo Brian.
- ¡O. K., chico! -exclamó Zimmo, dirigiéndose, en unión de Turr y Dass hacia aquellos inmóviles hombres que continuaban cubiertos por el ametrallador de Brian, atento el ojo a que ninguno de sus enemigos se desmandara.
Una tras otra, las armas de los hombres de Z-2. fueron chocando metálicamente contra el suelo, apreciando Brian su extraña construcción, pero sin que pudiera fijarse en muchos detalles ya que su atención estaba centrada en la vigilancia de sus enemigos. Pero a pesar de su vigilancia y cuando menos se lo esperaba, comenzó el jaleo.
Turr había comenzado por un lado y Dass por el otro, caminando hacía el centro a medida que iban desarmando a sus enemigos y arrojando sus armas al fondo de la estancia, tras la cabecera del lecho, en tanto que Zimmo lo hacía por el centro y, después de inutilizar un par de soldados, empezaba con el siguiente, colocándose a la derecha

del jefe que permanecía inmóvil. Pero, en su euforia, Zimmo no se dio cuenta de que se interponía exactamente entre su enemigo y la pistola ametralladora de Brian y antes de que pudiera averiguar lo que le había ocurrido, ya se encontraba volando por los aires, cayendo sobre el igualmente sorprendido Brian, que apartó su arma, con el objeto de que no se le disparara para no herir a su amigo.
El choque arrojó a los dos al suelo y la "Thompson" se desprendió de las manos de Brian, resonando contra el metálico suelo y resbalando un par de metros, en tanto que el jefe de la patrulla se arrojaba sobre ella y sus soldados, reaccionando, trataban de sujetar a los atónitos Turr y Dass que no comprendían cómo se les habían vuelto tan repentina y desfavorablemente las tornas.
Brian se dio perfecta cuenta del peligro que corrían. Todavía estaba cayendo al suelo cuando vio a su enemigo adelantarse para apoderarse del arma y haciendo un supremo esfuerzo, echó a un lado al sorprendido Zimmo, que de tanto que lo estaba no se acordaba siquiera de que tenía en la mano la muerte para media docena de hombres en forma de pistola terrestre. Gruñó éste al verse tratado con tan poca consideración por su amigo, pero Brian no le hizo el menor caso y, desesperando de evitar de otra forma el que su rival se apoderara de la ametralladora, todavía incorporado a medias, alargó violentamente sus pie derecho.
El golpe no fue todo lo fuerte que deseara Brian, bien que consiguiera el principal de sus efectos que era impedir la posesión del arma. El pie alcanzó al hombre de Z-2 en el hombro y lo derribó por el suelo, agitando ridículamente durante una fracción de segundo los miembros en el aire, pero esto duró poquísimo porque se levantó al instante, como impulsado por un muelle y se arrojó sin el menor temor hacia Brian.
Entretanto, en la reducida estancia, la lucha se había convertido en un pandemónium. Turr, Dass y Zimmo, comprendiendo las intenciones de sus contrincantes se habían agrupado junto al rincón en que estaban las armas y les trataban de cerrar el paso, defendiéndose como podían con uñas y dientes, puesto que si se apoderaban de ellas, podían decir que su suerte, una suerte nada agradable, estaba sellada. Zimmo vio cómo le desaparecía la pistola que le había entregado Brian, antes siquiera de que pudiera utilizarla, arrebatada por un soldado enemigo, pero antes de que éste a su vez, tuviera tiempo de enterarse de como funcionaba aquel mecanismo, absolutamente extraño para él, un violento golpe de Turr, usando el pie, ya que los puños surtían poco efecto por la protección de los trajes y escafandras, le hizo perder todo interés por la lucha, derribándolo al suelo en medio de violentos dolores.
Ahora fue Zimmo el que a continuación trató de recuperar la pistola,

pero tuvo que dejarlo al verse acosado por dos soldados enemigos. Resistió los embates del primero, asiéndolo por la cintura y arrojándolo sobre el otro, pero éste esquivó la masa humana que se le venía encima, con ágil movimiento. El proyectil viviente cayó al suelo en mala postura y se quedó gimiendo a causa de los vivísimos dolores que sentía, en tanto que su compañero se enzarzaba con Zimmo en dura lucha.

Dass y Turr corrían parecida suerte. Tuvieron que retroceder en más de una ocasión ante el empuje contrario y también en mas de una ocasión lograron, no sólo contenerlos, sino hacerlos retroceder. Pero era evidente que el ser dominados o quizá algo peor, era simplemente una cuestión de tiempo. A fin de cuentas, los trajes siderales amortiguaban mucho los golpes, en tanto que los que recibían Brian y sus tres amigos eran prácticamente sobre la piel, a causa de los livianos tejidos que los cubrían.

No obstante, Brian fue arrojado al suelo por un formidable golpe que recibió en la mandíbula y que le hizo, no ver solamente las estrellas, sino empezar a considerar si en T-40 estaría muy adelantada la odontología, ya que sintió flaquearle alguna pieza dentaria. Echo los pies en alto cuando su contrincante se arrojó sobre él, recogiéndolo en ellos y haciéndolo voltear muy a su pesar, estrellándolo contra el suelo.

Brian se levantó inmediatamente, pero apenas puso su mirada en el enemigo su corazón pareció cesarle de latir, ya que la voltereta lo había arrojado sobre el montón de pistolas que les habían recogido y sin ninguna tardanza, su rival se había apoderado de una.

En tanto volaba hacia él, en un fantástico "plongeon", con las manos extendidas hacia adelante, Brian pensó cuales serían los efectos de los proyectilesv disparados por aquellas armas. Notó que algo cálido le pasaba por junto a su mejilla, al mismo tiempo que casi en su oído notaba una especie de apagado latigazo, pero no quiso entretenerse en mas divagaciones. Asió la muñeca del hombre y se la retorció con todas sus fuerzas.

Un alarido de dolor sucedió al chasquido de los huesos que indicaron la fractura de aquel miembro, y la mano soltó la pistola. El rostro del enemigo de Brian se contorsionó a impulsos del espantoso dolor que sentía y un definitivo golpe de este, dirigido al corazón, alcanzándolo de pleno, a pesar de la protección del traje, puso fuera de combate al jefe de aquellos soldados del planeta enemigo.

Brian se levantó jadeante, cogiendo aquella rara pistola y se quedó asombradísimo al ver sus efectos, notando que un escalofrío de espanto le recorría el espinazo al ver un hombre carbonizado en el suelo, del que se desprendían leves columnitas de humo. Miró incrédulamente, al arma que tenía en la mano, liviana a pesar de su

enorme tamaño, en comparación con la suya propia y reaccionó del golpe, dándose cuenta del apuro porque estaban pasando sus compañeros, reducidos ya a sus últimos limites y viendo que no iban a tardar ni medio minuto en ser hechos prisioneros de nuevo.
- ¡Alto! ¡Quieto todo el mundo u os abraso! -gritó, pero nadie le hizo el menor caso. La lucha continuó con la mayor ferocidad y de nuevo Brian se lanzó a ella, recibiendo un golpe que medio lo derribó y haciéndole oprimir, involuntariamente, el gatillo de su pistola.
Si antes se había quedado horrorizado, ahora su espanto aumentó súbitamente, Una raya de luz salió, apareciendo y desapareciendo en una milésima de segundo, como si fuera el "flash" de un fotógrafo, encaminándose rectamente hacia la esfera transparente de uno de los invasores, contra la que se estrelló en un segundo fogonazo, tan deslumbrador como el primero.
El hombre herido se retorció epilépticamente durante unos breves instantes, en tanto que su rostro, y Brian supuso que el resto de su cuerpo también, se iba obscureciendo en el cortísimo espacio de tiempo que duró aquella transformación, hasta volverse totalmente negro, en tanto que, como la vez anterior, también se elevaban ligeras columnas de un humo pestilente. Luego, el soldado cayó y quedó inmóvil, exánime.
Aquello obró como un revulsivo en sus compañeros. Su jefe, todavía caído en el suelo, oprimiéndose el miembro lesionado con la mano izquierda les gritó unas palabras en un extraño idioma desconocido por completo para Brian, y los hombres se quedaron quietos, volviéndose lentamente hacia el terrestre, con una expresión de temor absoluto pintada en sus rostros al ver el arma que Brian empuñaba tan decididamente. Y este comprendió de repente el porqué su orden no había sido obedecida por nadie: los unos, los extraños en T-40, porque no comprendían su idioma, y sus amigos, porque bastante quehacer tenían con impedir que los arrollaran sus contrarios.
- Esta bien -se dirigió Brian a sus compañeros-. Ahora sabremos porqué estos tipos se me quieren llevar a su planeta. ¡Pues sí que estoy siendo disputado! -comentó jocosamente.
- ¡Déjame el interrogatorio a mí! -sugirió Zimmo.
- Si. Desde luego creo que en tus estudios de inglés has tenido que aprender demasiado bien esa ciencia -dijo Brian, contemplando como su amigo se dirigía hacia el caído jefe de los soldados, a los cuales Turr y Dass encañonaban ya previsoramente con dos de sus armas, impidiéndoles hacer cualquier movimiento sospechoso, tras haberles empujado contra un muro de la habitación.
Zimmo cogió al caído enemigo, y con el puño izquierdo, asiéndole por la ropa de su traje lo levantó fácilmente, ante las miradas de terror del hombre que, vencido, se imaginaba cual iba a ser su suerte. Brian lo

comprendió y trató de intervenir:
- ¡Por favor, Zimmo! -dijo-. ¡No lo maltrates! Quizá comprenda la necesidad en que se encuentra de hablar todo lo que pueda.
- ¡Hum! No confío mucho en ello -le replicó su amigo-, pero no pases cuidado. No le tocare... -se echó a reír de buena gana Zimmo-: Iba a decir que no le tocaré al pelo de la ropa, pero eso es imposible. Quise decir que no le haré el menor daño físico, y te aseguro que este fulano hablará mas que un lorito. A propósito, Brian, ¿qué es un loro? Creo que es un ave, pero aquí no tenemos de ese tipo.
- Es un pájaro de vivo plumaje, que habla -le repuso Brian.
- ¿Que habla? Vamos, hombre. Estamos aquí en un mundo infinitamente mas civilizado que el tuyo y me vas a decir que en la Tierra tenéis pájaros que hablan. ¿No llamáis a eso cuentos de hadas?
Iba a meterse Brian en una explicación ornitológica, Cuando Zimmo, alzando la mano, le interrumpió:
- No. Déjalo para otro rato. Ahora lo que nos interesa es que este granuja desembuche todo lo que sepa. Y en inglés, para que lo oiga nuestro amigo.
El prisionero, de pie, pero sujeto por las fuertes manos de Zimmo miró a su alrededor como buscando la manera de evadirse de aquella situación apurada en que se hallaba, pero no encontró el medio. Y convencido de que iba a ser torturado, a pesar de las palabras del que le impedía todo movimiento, apretó los labios, como para impedir que ningún sonido, pese a los medios que se emplearan, saliera de su garganta.
- ¿Lo ves? -rió Zimmo-. Ya empieza a tener miedo. Ya ha cerrado el pico. Pero descuida, Brian, veras cómo lo abre antes de medio minuto.
- ¿Qué vas a hacer? -inquirió éste. Le hubiera gustado saber los motivos por los cuales querían raptarlo y conducirlo a aquel otro planeta, pero si era a costa de los sufrimientos físicos de un hombre, renunciaba a ello, aunque su ignorancia le costara estar en todo momento con los ojos bien abiertos. Brian pensó que aquellos hombres debían haber sido astutos en sumo grado para haberse introducido en el palacio residencia, no sólo de la Reina, sino del Cerebro, ya que, a juzgar por lo poco que había podido apreciar el terrestre, en realidad era la máquina la que de un modo bien extraño, gobernaba aquel mundo. Pero las palabras de Zimmo le trajeron a la realidad, sacándole de sus pensamientos.
- Mira -había dicho éste, y con un brusco movimiento había pasado su mano derecha hacia la espalda del prisionero, en la que manipuló un instante. Y en seguida los ojos de éste se abrieron desmesuradamente al comprender que su captor le había cerrado la llave de paso del oxígeno, impidiéndole la respiración en cuanto gastase el poco que tenía dentro del traje de presión.

Contuvo el aliento todo lo que pudo, hasta que su cara empezó a ponerse amoratada, violácea. Abrió la boca dos o tres veces, como aspirando el aire, un aire que buscaban sus pulmones en vano y Zimmo, impasible, le preguntó, dándole una rápida vuelta a la llave, con lo cual entró en la escafandra una pequeña dosis de oxígeno:
- ¿Qué? ¿Hablaras ahora?
Pareció que durante aquel respiro, el hombre se reponía un tanto, pero a pesar de todo, sin hablar, procurando inhalar todo el aire que pudo, movió negativamente la cabeza de derecha a izquierda, y Zimmo volvió a cortar el suministro del gas vital.
Esta vez fue mas lejos. Poco a poco los ojos del prisionero se fueron extraviando, girando locamente en sus órbitas, en tanto que su cuerpo, a pesar de estar sujeto por las fuertes manos de Zímmo se convulsionaba fuertemente, y Brian, sintiendo una compasión infinita por el soldado, viendo que de un momento a otro iba a entrar en el coma precursor de la inevitable muerte por asfixia, trato de intervenir y asió uno de los brazos de su amigo. Pero antes de que pudiera hablar, una voz harto conocida de Brian, una voz en la que se advertía el tono de quien esta acostumbrado al mando por nacimiento, una voz en cuyo tono se advierte al momento el castigo si es desobedecida la orden, le interrumpió:
- ¡Soltad a ese hombre inmediatamente!
Zimmo se volvió, cumpliendo lo que le decían, al mismo tiempo que Brian. El prisionero cayó al suelo, y en sus espasmos de agonía tuvo aun tiempo de abrirse él mismo el paso del oxígeno, con lo cual comenzó a revivir poco a poco. Y los dos amigos, así como la otra pareja que continuaban impertérritos ante lo que había ocurrido, se dispusieron a enfrentarse con Sherma, la Reina de aquel planeta.
Mas hermosa que nunca -pensó Brian- admirando a su pesar aquella esplendida figura, ahora realzada por una corta túnica que apenas le llegaba a las rodillas, pero sin dejar ver del estatuario cuerpo otra cosa que la perfección de sus desnudos brazos, cerrado el vestido hasta el cuello, sin otro adorno que un pesado cinturón que la ceñía el talle, y que al terrestre le pareció de oro, constelado de unos brillantes cristales que si, como se figuró, eran auténticos, no tenían par en la Tierra.
- ¿Quien os ha dado permiso para interrogar a ese hombre? ¿Olvidáis quién soy? - inquirió Sherma arrongantemente.
Zimmo iba a hablar, pero Brian, extendiendo la mano se le anticipó:
- He sido yo -y se echó las culpas de todo lo ocurrido-. Estos hombres son de Z-2 y trataron de raptarme y llevarme a su planeta. Logramos vencerlos y estábamos procurando hacer hablar a su jefe.
- Ya lo veo -contestó ella desdeñosamente-. Usando medios propios de bárbaros. Zimmo, a partir de este momento quedas expulsado de la

clase de los sabios. Serás un simple obrero en las fábricas de astronaves y da gracias que no te mando matar. Te lo mereces. Tu amigo tiene más disculpa, porque desconoce nuestra máquina de hacer hablar a la gente cuando se vuelve reacia, pero tú lo sabias y has tratado de utilizar medios que sólo se usan en ese salvaje planeta del que procede tu amigo. Sal de aquí inmediatamente.
Brian tomó partido al momento por Zimmo. Le disgustaba que fuera castigado por su culpa. Reconocía que había estado a punto de matar un invasor, pero también pensó que éste no hubiera tenido el menor escrúpulo en liquidar a los tres compañeros con tal de llevárselo e incluso él mismo había estado a punto de morir por culpa de un disparo de aquellas mortíferas pistolas, el contacto sólo de cuyos proyectiles era fatal. Habló pues, sin temor a Sherma:
- ¿Qué esperabas que hiciéramos, Reina? ¿Es que ignoras que estos prisioneros trataron de matarnos a todos? ¿No ves esos dos cadáveres en el suelo?
- ¡Basta ya! Olvidas que soy yo quien da las órdenes, quien hace las preguntas y quien decide, en definitiva, lo que ha de hacerse.
- ¡Ah! ¿Sí? -dijo como indiferentemente Brian, en tanto sacaba un cigarrillo y lo prendía fuego, notando complacido el asombro de la mujer al ver la, para ella, extraña acción. Pero este asombro duró poco y en seguida los ojos de Sherma adquirieron su dureza anterior. Brian siguió-: ¡De modo que tú eres la que mandas, verdad? Y esa máquina de ahí al lado -hizo un displicente gesto con el pulgar-, ¿es de adorno? ¿O es en realidad la que te esta dictando lo que debes hacer en este momento, hermosa Sherma?
El rostro de la mujer adquirió una blancura todavía mayor al palidecer ante las palabras de Brian, que ella consideraba como un insulto, pero se dominó y se dirigió a Turr y Dass:
- ¡Vosotros dos llevareis a esos hombres al jefe de mi guardia! Él los tendrá en custodia hasta que decida, así como a Zimmo. Tú, extranjero, te quedarás aquí, en tu habitación. Mas adelante sabrás lo que va a ser de ti.
Se volvió Sherma, dejándolos solos y los tres amigos, cabizbajos, casi sin mirar a Brian, salieron de su habitación, llevándose por delante a los prisioneros. Inmediatamente se cerró la puerta, deslizandose, tras ellos, y Brian tanteó todas las paredes, comprobando, con una sonrisa de amargura en sus labios, que estaba en la parte intraspasable del metal. Pero apenas había comenzado a notar esto, cuando su cabeza empezó a darle vueltas. Brian notó que por alguna razón desconocida iba a perder el conocimiento de un momento a otro, y quiso ir hacia su lecho.
No lo consiguió: el suelo se le acercó a su rostro y lo último que notó fue la frialdad del pavimento en su mejilla. Luego, sus párpados se

cerraron pesadamente.

VI

Brian abrió los ojos y los volvió a cerrar. No sabía si estaba despierto o dormía. aún. No sabía dónde se hallaba, y pensó que había sido un simple sueño el hecho de que varios hombres entraran en su habitación y, en lugar de llevarlo a su lecho, salieran con él, llevándolo fuera de la ciudad. Todo aquello lo recordaba como si le hubiera ocurrido con su cuerpo en descanso, forzado a lo que pudo deducir, mas con la mente activa por completo. Igualmente recordaba haberse visto, junto con los hombres que lo llevaban, frente a una astronave como la que había sido destruida por la bomba MGV de Zimmo y sus amigos e incluso acudieron a su memoria sus vanos intentos por resistirse, cosa que había motivado mas de una sonrisa irónica de sus captores. Después ya nada mas: el olvido absoluto y una bienhechora sensación de reposo y olvido. Pero de repente, en las nieblas cada vez más claras de su inconsciencia, una palabra apareció como escrita con ígneos trazos. ¿Sus captores?

De hallarse en estado normal, Brian se hubiera sentado bruscamente en la cama, pero el cuerpo no le obedeció tan rápidamente como él hubiera querido a los dictados de su mente y lo hizo con una sensación de penosa impotencia que por un momento, junto con el violentísimo dolor de cabeza que le asalto, le desalentó en grado sumo. Cogióse la cara entre las manos y, aspirando hondamente, procuró hacer desaparecer aquel molesto dolor que le pareció resultas de la droga que le habían administrado para narcotizarle. Pero, ¿que droga? Sí no había tomado nada, no había bebido, no había comido... Y, sobre todo, ¿dónde se hallaba en aquel momento?

Alguien se encargó de darle la respuesta. Alguien que se le presentó súbitamente, materializándose junto a su lecho, y si Brian no estuviera al tanto de la peculiar estructura molecular del metal, hubiera jurado que había surgido de la nada. Pero, haciendo caso a la promesa que se formulara en una ocasión, no se asombró de la hermosísima mujer que, vestida con traje sideral, excepto con la esferilla de la escafandra, estaba a su lado con un pequeño recipiente en la mano.

- ¡Toma! -le dijo, y a Brian le pareció que la voz de la desconocida sonaba como arpegios musicales-: Esto te quitara en un segundo el dolor de cabeza.

En tanto bebía la extraña pócima, de un maravilloso tono verde, contempló a su sabor a la mujer y pensó para sus adentros que aquellos planetas podrían ser todo lo extraños que quisieran, pero que en cuestión de mujeres, por lo menos juzgando por los dos ejemplares

que ya había visto no tenían nada que envidiar, sino superar a las de la Tierra. El perfecto óvalo de la cara de la desconocida, sus grandes ojos, cuyas pupilas eran de idéntico tono alba de la bebida que estaba tomando, el brillante cabello que parecía una llama viva, todo ello unido a la esbeltez de líneas que se adivinaba a través de la uniformidad del traje de una sola pieza, junto con el alivio instantáneo de su dolor de cabeza, hizo que Brian se reconciliara con la vida.
Todavía sentado en el lecho devolvió el vaso a su dueña y preguntó:
- ¿Quién eres? -decidió, tutearla, al modo que lo había hecho con Sherma.
- Me llamo Izza y soy la reina de Z-2 -contestó, sonriéndole de nuevo la hermosa mujer.
- ¿Puedo saber dónde estoy? Desde que llegué a N-98, me be pasado la vida haciendo preguntas. No hago mas que ir de sorpresa en sorpresa -comentó Brian, tratando de incorporarse y consiguiéndolo con facilidad, sin que la cabeza se le fuera a los lados como esperaba que sucediera.
- En estos momentos te encuentras viajando por el espacio hacia mi mundo -le contestó Izza-: Te llevo hasta allí.
Fiel a sus propósitos, Brian escuchó la estupenda noticia como quien oye llover:
- ¡Vaya! -exclamó-: De modo que tú eres la rival de Sherma. Es curioso este sistema planetario. Por lo visto debe regir en sus gobiernos el sistema del matriarcado.
- Sólo en estos dos planetas. En los otros hay hombres que los gobiernan, pero no tienen ningún interés por ti. Están demasiado lejos y además, se guardarían mucho de demostrarlo. Somos las mas fuertes y les costaría caro.
- Pero, bueno, a mí lo único que me interesa es saber por qué, desde que he caído por estas latitudes, se me están disputando como si fuera una pelota de fútbol. Es una cosa que, por más que me esfuerzo, no alcanzo a comprender.
- A su debido tiempo, Brian -le replicó la mujer-: Todavía es temprano para ello. Ahora...
Izza se interrumpió ante la entrada en la reducida estancia de un hombre que, tras una breve reverencia, habló algo en idioma absolutamente incomprensible para Brian. El risueño rostro de ella se ensombreció rápidamente y le contestó unas pocas palabras, tras lo cual y después de abrir la puerta, salieron ambos.
Brian les siguió. Nadie le dijo una palabra ni le prohibió nada, de modo que en dos zancadas se emparejo con Izza, preguntándole:
- ¿Qué ocurre? ¿Pasa algo grave?
- Mi amiga... -y esta palabra la pronunció, Izza despreciativamente-que no se conforma con que te lleve conmigo y amenaza con

destruirme si no te devuelvo.
- Bien, ¿y a qué esperas?
- Ahora eres mío y vendrás conmigo a Z-2 -repuso ella autoritariamente, pero sin perder su encantadora sonrisa, y continuó con unas palabras que dejaron frío y sin habla a Brian-: O morirás con nosotros a bordo de este aparato.
El terrestre iba a preguntar algo, pero ya ella no le hacía caso. De pie, ante lo que parecía la sala de mandos de la astronave, sentados, ante lo que tenía aspecto de una espaciosa mesa, llena de extraños aparatos cuya identidad no pudo hallar Brian, había cuatro hombres, más el que se hallaba al lado de la mujer y que parecía ser el piloto de la nave, dando órdenes en su idioma a los otros, que maniobraban en seguida los controles de gobierno del aparato. Izza habló unas palabras con su capitán y luego se dirigió a Brian:
- Si tienes miedo, retírate a tu habitación. Así no veras lo que ocurre. De lo contrario, mira -y le señaló un círculo de dos metros de diámetro, ligeramente cóncavo, que al momento pareció hacerse transparente como sí fuera una ventanilla que diera al espacio, llenándose de estrellas y cuerpos celestes.
- Bueno, la verdad es que no sé que es peor. Si verlas venir o quedarse allí mordiéndose los codos -dijo Brian-: Creo que lo mejor sera lo primero.
- Opino lo mismo que tú -dijo ella.
- Pero yo no veo nada, Izza -objetó él-: Para esto, lo mismo seria abrir una ventana en la pared de la espacionave y mirar por ella.
Sonrió indefiniblemente la mujer y dio unas órdenes rápidas, cortas, y el terrestre, asombrado, vio que, aumentando rápidamente de tamaño a medida que se iba acercando, aparecía una larga teoría de esferas, rodeadas por aquel circulo en la mitad de su diámetro y que él conocía tan bien. Quince o veinte al menos.
- Sherma no se resigna a perderte -comentó de buen humor Izza.
- ¿Qué quieres que te diga? En su lugar, a mi me pasaría lo mismo. Un terrestre es un ejemplar que no se pesca todos los días. Y me parece que yo soy un ejemplar de los buenos -se pavoneó orgullosamente Brian, pero con la sola idea de hacer enfadar un poco a la mujer, sin la menor sombra de sinceridad en sus palabras.
- Es probable -dijo ella, y si iba a decir otra cosa se la calló, volviendo a hablar con su piloto, que transmitió las órdenes de la mujer a los soldados.
Una raya de luz partió bruscamente del aparato. Brian creyó que salía hacia adelante, cuando en realidad disparaban por la que en aquellos momentos era la popa, puesto que en la pantalla se reflejaba lo que estaba ocurriendo detrás de ellos, ya que eran perseguidos. Terminó su trayectoria el proyectil y se deshizo en una llama, que se duplicó casi

al instante al estallar la esfera alcanzada.
Izza sonrió satisfecha, pero en aquel momento el corazón se le paro a Brian y creyó que la sangre se le helaba en las venas.
Una tras otra, casi simultáneas, de cada astronave de T-40, comenzaron a salir rayas de luz dirigidas rectamente hacia el aparato en que se hallaba Brian, aumentando su tamaño las bolas de fuego que iban encabeza de los trazos luminosos. Pero de repente, una serie de chispazos deslumbradores obligó al joven a cerrar los ojos, cuando aquella larga serie de proyectiles MGV se deshizo antes de llegar a su destino, en tanto que Izza sonreía satisfecha.
Brian se pasó la mano por el rostro, limpiándose el copioso sudor que durante aquel instante le había brotado y exclamo, todavía con el susto en el cuerpo:
- ¡Creí que no lo contaba!
- Sherma se habrá llevado un buen chasco cuando vea que sus granadas eléctricas no le sirven de nada -comentó Izza, ordenando a su capitán que continuara el fuego y asintiendo éste.
En rápida sucesión, salieron unas cuantas granadas, fulgurantes, velocísimas, viéndose claramente en la pantalla como los aparatos amenazados trataban de esquivarlas. Pero todo fue inútil: una serie de dobles explosiones de una potencia luminosa incomparable, que a Brian le parecieron como el incendio súbito de un mundo, relampaguearon, y cuando sus ojos se habituaron de nuevo a la luz normal, vio que las fuerzas atacantes se habían reducido a la mitad.
De nuevo volvieron a detenerse los latidos de su corazón. Otra descarga, provinente de las naves atacantes, volvió a acercarse a aquella en que viajaba Brian y en esta ocasión el terrestre pudo ver una granada ígnea de aquellas acercarse tanto a la pantalla que pareció que iba a meterse por la misma. Pero se desvió hacia arriba y Brian respiro aliviado.
- ¡Lástima que este truco no nos sirva más que para una vez! -dijo Izza-. Ahora no podrán, pero si algún superviviente resulta ileso, en cuanto regrese a T-40 harán lo mismo que he hecho yo: modificar sus defensas.
- De momento eres tú quien lleva las de ganar, Izza -comentó Brian.
- Cierto -le contestó ella-. Y ahora veras cómo destruyo lo que queda.
Pareció como si las naves perseguidoras que quedaban intactas hubiera oído las palabras de la mujer, porque súbitamente dieron media vuelta y emprendieron el regreso a su planeta en franca huida. Pero no pudieron andar mucho camino por el espacio, porque una descarga de granadas MGV acabó con ellas en escasos segundos, fulminándolas en un conjunto de gigantescos chispazos.
- ¡No debieras haber hecho eso, Izza! ¡Ha sido una crueldad innecesaria! -protestó Brian-. Se marchaban y no tenias porqué

destruir unas cuantas vidas humanas que ningún daño podían ya hacerte.
Por primera vez el apacible rostro de la mujer perdió su amable gesto. Fue solo un segundo, pero al cerebro de Brian llegó el convencimiento de que era tan peligroso enemigo, para él, como Sherma, si no más.
- No tienes que indicarme nada de lo que debo hacer. Olvidas que soy yo aquí la que da las órdenes -le dijo, con encantadora sonrisa que no ocultó a Brian la velada amenaza que encerraban sus palabras.
- Eres hermosa, insuperablemente hermosa como mujer, pero tu corazón es piedra pura. Ni siquiera es de diamante, aunque sea duro, porque a fin de cuentas, el diamante encierra en si algo del hermosura y...
¡Crack! El puño del jefe de los soldados de Izza, ascendiendo súbitamente, antes de que Brian pudiera darse cuenta, chocó violentamente contra su mandíbula y el joven se vio proyectado hacia atrás, no cayendo totalmente al suelo porque se apoyo en la pared.
Sacudió la cabeza, procurando no perder el conocimiento, sonrió duramente y en aquel momento el confiado soldado se inclinó sobre Brian, tratando de asirle, en tanto que le decía:
- ¡Perro! Nadie a insultado a mi reina sin...
Brian se quedó con las ganas de saber qué es lo que ocurría a los que insultaban a la reina Izza, porque disparó su pie derecho, que dio con terrible fuerza en el estómago del hombre, en cuyo rostro se reflejó una expresión agónica, siendo despedido hacia atrás, derribando a Izza y cayendo los dos al suelo.
- No han sido insultos. ¡Ha,sido la pura verdad! -exclamó Brian, y disparo su puño derecho contra la mandíbula de uno de los otros, que se había levantado y se le aproximaba con no muy buenas intenciones, retrocediendo a continuación cuando recibió otro golpe en un hombro, que le hizo saber prácticamente cuales eran los efectos de una coz de mula.
Cayo de nuevo hacia atrás y los tres restantes se le echaron encima. Un brusco movimiento de sus dos piernas, disparadas simultáneamente, hicieron abrir los brazos y salir despedido a uno de sus asaltantes, que, sin ninguna consideración para su reina, prorrumpió en alaridos de dolor y de lo que a Brian le pareció una retahíla de juramentos en aquel extraño idioma. Y luego dedicó toda su atención a los dos hombres que tenía encima, -felicitándose de que, sumidos en su supercivilización, hubieran olvidado un tanto las artimañas y tretas que se podían utilizar con las armas naturales que eran las manos y los pies.
Uno de sus pulgares avanzó rápidamente y el hombre que recibió su impacto en un ojo se desinteresó de la lucha en absoluto, dedicándose a prodigar tiernos cuidados a su pupila, mezclados con aullidos que

indicaban que era todo lo contrario de un vivísimo placer lo que estaba sintiendo. Y el restante notó que el estómago se le volvía plano repentinamente, merced a un fuerte golpe que le propinó Brian.
Se levantó este y de un gancho de derecha acabó con la conciencia de su rival, que andaba encogido, dedicándose a continuación al jefe, que ya se había recobrado y avanzaba hacia él, extendiendo los brazos de un modo que al terrestre le pareció altamente ridículo y gratamente confortador para él, porque, tras alargar el brazo izquierdo, parando fácilmente el golpe, extendió el otro y su puño cerrado se estrelló contra la mandíbula del hombre de Z-2, enviándolo acto seguido al país de los sueños. E inmediatamente avanzó su nombró derecho, a la manera de un jugador de "rugby", recibiendo con él otro de los soldados, que, sin darse cuenta de lo que le ocurría, se encontró viajando por los aires, a espaldas de Brian.
No obstante, este viaje no terminó de tan feliz manera como los de sus compañeros. Cayó sobre los controles e inmediatamente una serie de bruscos chispazos azulados, en medio de unos gritos de agonía, se sucedieron, cortándose al momento las voces del hombre electrocutado cuando se le extinguió la vida al instante. Y un nauseabundo olor a carne quemada se expandió por el ambiente.
Brian miró a su alrededor y vio a los demás hombres que le miraban atemorizados, todavía sin incorporarse de sus caídas posturas en el suelo, sin comprender cómo un hombre de otro mundo los había vencido con tan relativa facilidad.
Se inclinó sobre la hermosa Izza que le miraba asimismo atónita, con temerosa expresión y la tomó por una muñeca, alzándola como si fuera una sencilla pluma. Con la mano derecha la rodeó el esbelto talle y con la izquierda impidió la acción de las manos de ella, diciéndola:
- En estos planetas confiáis mucho en vuestra civilización y en vuestras máquinas. Olvidáis que el factor hombre también cuenta y por eso te voy a castigar.
- ¿Qué...? ¿Castigarme a mí...? -intentó protestar, forcejeando vivamente Izza, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Se vio acercada cada vez más al rostro de Brian hasta que los labios de éste se aplastaron contra los suyos.
- ¡Maravilloso! -elogió Brian soltándola y sujetando a continuación la mano con que ella pretendía abofetearle-: ¡No, no, no! -reprendió-: ¡Eso no...!
Una voz alarmada les interrumpió y Brian desvió sus ojos de los de Izza, en el fondo de cuyas verdes pupilas advirtió las señales de una cólera enorme. Pero hubo de dedicar toda su atención a las palabras que sonaron acto seguido:
- ¡Hemos perdido el control del aparato! ¡Caemos hacia Z-2!

VII

Las palabras las había pronunciado el jefe de aquellos hombres, y alarmado ante la gravedad de las mismas, Brian no reparó siquiera en que las había dicho en su propio idioma. El soldado, tras manipular un momento, desconectando sin duda algunos contactos, apartó el cadáver del individuo carbonizado, echándolo al suelo sin ningún miramiento y movió frenéticamente algunos de los botones que -pensó Brian-, sin duda alguna servirían para el mando de la espacionave. Pero todo fue en vano, aunque el terrestre, por más que observó, ignorante en absoluto del modo que se manejaban aquellos aparatos, no vio nada que a sus ojos le confirmasen las palabras pronunciadas.

Izza se desasió de Brian y éste no hizo nada para impedírselo. Se dirigió aquélla hacia el tablero de mandos y en el hermoso rostro de la mujer apareció por vez primera el signo de la preocupación. Murmuró algunas palabras en su idioma y el otro movió la cabeza, denegando con pesimismo. Brian se les acercó y la preguntó:

- ¡Cómo sabéis que caemos? Yo no veo nada de particular.

Izza le sonrió desdeñosamente y el joven se sintió molesto, pero ella, sin hacerle caso, oprimió un botón y súbitamente se reflejó en la pantalla la imagen de un globo, de un mundo que aumentaba de tamaño con rapidez.

- Sigo sin ver nada. Sin ver otra cosa que nos acercamos a un planeta que debe ser el tuyo -objetó Brian.

- Sí. pero lo hacemos a mayor velocidad de lo conveniente. Esa ha sido tu obra. No sólo has matado a uno de mis hombres; sino que además has destruido el mando del aparato -le replicó ella con una leve nota de dureza en la cristalina voz.

- Yo no he tenido la menor culpa de ello -quiso disculparse el joven, pero ahora fue el jefe quien intervino.

- Yo obedezco siempre a mi reina y estoy dispuesto a morir por ella si es preciso...

- Loables palabras -le cortó burlonamente Brian, pero el otro no hizo caso de la interrupción.

- Pero si me dejara a mi, yo sabría hacer de modo que no volvieras a ser insolente ya con nadie más -concluyó el hombre.

- Pues si quieres otra ración de lo mismo, no tienes más que hablar. No me cuesta nada servírtela -le provocó Brian.

Su contrincante apretó los puños con fuerza e hizo ademán de abalanzarse sobre él, pero una seca orden de Izza lo detuvo.

- ¡Quieto, Thoram! No es este el momento apropiado para las discusiones. Lo que necesitamos es el medio de detener nuestra caída.

¿Qué tiempo tardaremos en chocar contra la superficie de Z-2?
- Si lo expresamos en la medida que usa este terrestre -señaló hacia Brian Thoram con desdén -unos quince minutos.
- No disponemos de mucho tiempo. Llama y que envíen una astronave para socorrernos -volvió a ordenar Izza.
Thoram se volvió y durante unos momentos maniobró en los mandos en tanto que Brian, olvidándose de la apurada situación en que se hallaban viendo a cada momento mayor el diámetro del planeta en la pantalla, miro complacido hacia la mujer, que no pudo resistir las descaradas y admirativas ojeadas que le echaba el terrestre, dedicando su atención a las palabras que pronunció Thoram:
- No sé si llegara a tiempo; pero me anuncian que ya ha salido un aparato para recogernos.
- Está. bien. Nos vestiremos los trajes de vacío y saldremos afuera de la astronave -dijo la mujer-: Así reduciremos al mínimo las posibilidades de un accidente.
Thoram transmitió las órdenes a sus soldados en su idioma, y éstos comenzaron a equiparse rápidamente, en tanto que Brian se cruzaba de brazos. Pero apenas se hubo colocado ella su escafandra cuando se le acercó:
- ¿Y tú? -preguntó simplemente.
- ¡Oh! Me encuentro muy bien aquí -dijo él displicentemente-: No tengo la menor gana de salir a pasearme por ahí afuera. Me helaría en un segundo y aquí se esta la mar de caliente.
Ella lo miró desdeñosa, pero sin dejar de sonreír y llamó a Thoram, que desapareció atravesando una de aquellas paredes, para volver, tras abrir la puerta, con un equipo sideral en las manos, alargándoselo a Brian:
- ¡Toma, póntelo! -habló secamente.
- Está. bien. Si os empeñáis en ello, majestad...
Cinco minutos después estaban fuera de la astronave y ésta, debido a su superior masa se fue acercando con mayor rapidez al planeta que se divisaba allá. abajo, enorme, brillante, como una bola de plata ligeramente teñida de verde, dejando atrás a la media docena de seres que flotaban en el espacio ligeros, ingrávidos, en tanto que veían poco a poco disminuir de tamaño la astronave, de forma circular y plana al mismo tiempo, quedándose ellos rezagados. Pero ello, si lo de socorro no acudía a tiempo, no les salvaría de la horrible muerte que seria la suya por aplastamiento al chocar contra el suelo de Z-2, que ya, sin necesidad de aparatos de transmisión de las imágenes, se veía a cada momento aumentar su diámetro de una forma que a Brian comenzó a parecerle amenazadora. Quiso maniobrar para acercarse a Izza, pero, falto de apoyo en el vacío, no lo consiguió, y entonces habló, lográndolo a pesar suyo, ignorante de que al ponerse el traje ya le

habían dejado conectado el transmisor individual.
- ¿Cuanto tardaremos en rompernos el cuello, Majestad?
- Seis u ocho minutos, si no hay quien lo remedie -le respondieron.
Pero apenas había pronunciado estas palabras la mujer, cuando de repente surgió casi bruscamente ante ellos otra nave sideral que, maniobrando con agilidad, se colocó al lado de los que ya desconfiaban de salvar su vida. Y, uno tras otro, sin necesidad de abrir ninguna puerta, se fueron introduciendo en el interior del aparato.
No podían acercarse, y eso lo apreció Brian con toda claridad. Lo que hacían era que el disco volador les fuera absorbiendo, por así decirlo, moviéndose este imperceptiblemente en forma lateral, aprovechando la extraña propiedad del metal de que estaba construido. Y, antes de que el terrestre pudiera darse cuenta de lo que ocurría, ya estaban todos, él incluido, en la panza de la espacionave que tan oportunamente habla llegado.
Los hombres que había en su interior se inclinaron profundamente al aparecer su Reina, y ésta murmuró unas breves palabras, lo que trajo como consecuencia el que, antes de que Brian tuviera tiempo de advertir lo que le iba a pasar, se encontrara sujeto por media docena de brazos que lo inmovilizaron, sin dejarle casi ni respirar. Protestó en todos los tonos imaginables, pero nadie le hizo caso. Ni la misma Izza, que, acercándose, con su encantadora sonrisa desmentida por sus palabras, le dijo:
- Me has ofendido mortalmente, y puedes estar seguro de que en cuanto lleguemos a Z-2, a mi reino, lo pagaras bien caro.
- Tú lo has dicho. Caro precio será el de mi vida por un simple beso -dijo Brian, sonriendo a pesar de todo.
Pero cuando llegaron a la ciudad, capital de aquel mundo donde Izza reinaba, Brian fue conducido rápidamente, aterrizando directamente en uno de los patios del palacio, a una habitación, en la que quedó solo entre cuatro lisas paredes. Y la puerta se cerro tras el último de los sicarios de la reina, que no le concedieron la menor importancia ni se molestaron en replicar a las diferentes preguntas que el terrestre les hizo.
- ¡Apañados estamos! -monologó consigo mismo, recorriendo con la mirada la absoluta lisura de las paredes, cortadas únicamente en el techo por una especie de círculo luminoso del que irradiaba la luz, que hacia visible mas aún la total desnudez de la habitación. No tenía ni siquiera el consuelo de tumbarse, y verdaderamente, después de tantas pruebas por que había pasado, y que jamás, desde que se quedara solo en N-98, había soñado le pudieran ocurrir.
Pero no habían transcurrido diez minutos desde que lo dejaran solo allí, cuando ya Brian pensaba en echarse cuan largo era en el suelo, un trozo de pared se hizo transparente y luego se deslizó a un lado,

dejando ver, aun antes de abrirse, a la encantadora Reina Izza, convertida en otra mujer completamente distinta merced al cambio de ropa, habiéndose colocado otra completamente igual que la que llevaba Sherma, y el terrestre hasta hubiera jurado que el cinturón que la ceñía el delgadísimo talle era el de la otra mujer.
Pero esta avanzo hacia él, extendiendo los brazos, sonriéndole maravillosamente, exclamando:
- ¿Me perdonarás, querido? Me he portado bruscamente contigo, y... ¿No quieres repetir lo que hiciste en la astronave? -insinuó deliciosamente.
Brian la miro desconfiado. No podía creer que aquella mujer que le ofrecía ahora sus labios trémulos, palpitantes, fuera la misma que le había amenazado de muerte, y por eso dio un paso auras, murmurando:
- "Timeo danaos et dona ferentes”.
- ¿Eh? ¿Qué? ¿Qué dices, Brian? -inquirió ella, muy sorprendida ante aquellas palabras, que le sonaron como un idioma absolutamente desconocido en aquel mundo.
- Es un viejo adagio de mi planeta -dijo él, socarronamente-. Significa que hay que temer a los enemigos, hasta cuando te hacen regalos.
- ¿Estoy yo incluida en esa frase? -sonrió Izza, dando otro paso hacia adelante, imitándola Brian, pero en sentido inverso, es decir, retrocediendo, lo que hizo que ella se detuviera.
- Está bien -le sonrió-. Ya que te empeñas... Acompáñame.
- ¿Dónde? -preguntó el simplemente.
- Ya lo veras -le respondió ella enigmáticamente, saliendo de la habitación sin mirar siquiera si Brian la seguía o no, dándolo por hecho, puesto que éste obedeció, bien que mirando incesantemente a todos los lados, temiendo cualquier artimaña de la mujer, y colocándose muy cerca de ella para que le sirviera de escudo si alguien intentaba hacerle algo desagradable.
Pero en esta ocasión no ocurrió nada, y ella le siguió sonriendo amablemente, hasta que, después de atravesar una serie de estancias parecidísimas a las del palacio de Sherma, se detuvieron ante una pared, en uno de cuyos lados brillo repetidamente una luz, cambiando de colores, lo cual recordó a Brian algo que ya había visto y que confirmó sus suposiciones, cuando la mujer, volviéndose hacia él, como invitándole a entrar, desapareció tras el muro. Suspiró Brian e hizo lo mismo, sorprendiéndose una vez más ante aquella extraña forma del metal, que, si por un lado parecía no existir, salvo a efectos de interceptación de ondas luminosas, deteniendo las miradas, por el otro debía resultar algo así como una superplancha de blindaje de aquellos anticuados barcos de guerra acorazados como las langostas.
Y, recordando lo que había visto, Brian suspiró, aburrido, inquiriendo:

- ¿Que? ¿Otro cerebro como el de allá abajo?
Se volvió la mujer hacia el, con viveza, diciéndole:
- ¿Has visto el de Sherma? ¡Te lo ha enseñado ella?
- Claro -dijo él, apoyándose de espaldas contra la pared y cruzándose de brazos-. Como ahora, fue lo primero que vi al llegar a su planeta. La verdad es que sois bonitas las dos, y si tuviera que decidirme por una de vosotras tendría que pensármelo mucho; pero monótonas lo sois también en grado sumo.
Brian pensó que Izza debía ser mas peligrosa, infinitamente más peligrosa que Sherma. Aquella disimulalba sus pensamientos bajo la capa de una incesante sonrisa. Esta, por lo menos, hacia brotar sus sentimientos a flor de epidermis, haciendo así mas previsibles sus reacciones mentales. Por eso miró de lado a Izza cuando le sonrió de nuevo al decirle:
- Eres encantador. Para mi tienes una virtud nueva, desconocida por completo en este planeta: la de decir claramente cuanto piensas.
- ¿Sí? -murmuro él, continuando en la misma actitud, pero encendiendo un cigarrillo y prosiguiendo-: Pues no te he dicho aún la décima parte de lo que bulle por mi cerebro.
- ¿Por qué?
- Querida Reina mía: aprecio mucho mi pellejo, y, ahora que parece que lo estoy conservando, me gustaría seguir así. No es que esté muy a gusto en Z-2 ni, por supuesto, en T-40; pero, del mal al menos, estoy vivo, y, por ahora, eso es lo que me interesa -le repuso Brian.
Abrió ella la boca, pero en él mismo instante, antes siquiera de que tuviera tiempo de hablar, parecieron detenerse las innumerables lucecitas de que estaba animada aquella máquina, cesando en su parpadeo, en tanto que un grupo de ellas lo aumentaban rapidísimamente, lo cual hizo que, por primera vez. ante la diversión de Brian. apareciera una ligerisima sombra de temor en las bellísimas pupilas de la mujer. Y el hombre no se sorprendió lo más mínimo ni se movió; antes bien, continuó en su disciplente actitud, saboreando el cigarrillo, en tanto la Reina bajaba ligeramente la cabeza, escuchando la voz del Cerebro, que, en el idioma de aquel mundo. la ordenaba retirarse.
Hízolo así ella, en tanto que Brian le tiraba un beso, irónicamente, con las puntas de los dedos, y, cuando la mujer desapareció, aguardó a que le hablaran.
- Pareces muy orgulloso -le dijo la máquina.
- Soy un hombre, la más perfecta creación del Creador del Universo, si es a eso a lo que te refieres, y no una máquina como tú. Podrás contestar a todas las preguntas que se te hagan; a tu vez, podrás formularlas; pero si esa tonta de ahí fuera -señaló despectivamente con el dedo pulgar hacia el sitio en que había desaparecido Izza-

tuviera dos dedos de frente, hace tiempo que habría ordenado que acabaran a martillazos contigo, montón de tornillos.
Una breve risita salió del interior de la metálica construcción, y luego algo se desprendió de ella, avanzando hacia Brian, que siguió impertérrito, dejándose contemplar por los objetivos de aquella cámara de televisión.
- Si -le dijo la máquina después de unos momentos de observación-. Me parece que no hemos fallado contigo. Eres lo que yo quería. Vivirás a pesar de todo.
- ¿Viviré? -repuso Brian desdeñosamente-. ¿Eras tú quien me iba a matar? ¿Crees que lo hubieras conseguido?
- Sigo opinando que eres increíblemente orgulloso, terrestre -le dijo el Cerebro-. Tu mismo orgullo te hace ser, asimismo, increíblemente tonto y, por eso, inútil para mi necesidad. El mas retrasado de los hombres o mujeres de este planeta me sirve muchísimo mejor que tú.
- No se con que objeto te serviré yo -objetó Brian-; pero, de cualquier forma que sea, me alegro muchísimo de no hacerte ninguna falta. Lo que te he dicho: eres un montón de tornillos, más perfecto que los demás, pero montón de tornillos al fin y al cabo.
- Eres un insolente -dijo suavemente la máquina-. Necesitas un ligero castigo y te lo voy a propinar yo.
- ¿Tú? -rió Brian-. ¿Tú? -volvió a reír; pero, casi inmediatamente, lanzó un alarido de dolor, retorciéndose epilépticamente en el suelo durante los contados segundos que duró la descarga eléctrica que le lanzó el Cerebro sin que el terrestre supiera adivinar el medio de que se había valido la máquina.
Cuando se le pasaron los efectos de la serie de latigazos sufridos, se levantó, jadeando penosamente, del suelo, en tanto que oía la burlona voz de aquel artefacto:
- ¿Qué? ¿Te convences de mi poder? Esta ha sido una muestra infinitesimal de lo que puedo hacerte. Tú..., ¡un hombre! ¡Bah! Un conjunto de carne y músculos nada mas. ¿Qué puedes hacer contra mi?
Respiró hondamente Brian antes de contestar:
- Eres muy poderoso, pero hasta el más fuerte tiene su talón de Aquiles. Quizá sea yo el que lo halle.
- No me hagas reír -le contestaron-. Y ahora, mira lo que he hecho en tanto que hablaba contigo. Tú sólo puedes hacer una sola cosa de un golpe. Yo hago infinidad de ellas, y entretanto hablaba, discutía contigo y te castigaba, examinaba tu inteligencia. A simple vista ya aprecie que era deficientísima en comparación con la de los cerebros de los habitantes de Z-2 o de cualquier otro planeta, pero mi examen me lo ha confirmado. ¡Mira, terrestre!
La luz que alumbraba la estancia se apagó súbitamente y luego, en

uno de los muros, como en una proyección cinematográfica, apareció un rectángulo blanco cuyo color impoluto desapareció al instante para ser substituido por algo que hizo lanzar una serie de exclamaciones del mas profundo asombro a Brian, porque en la pantalla, ampliado diez o doce veces su tamaño normal, estaba su propio cerebro, como si se lo hubieran extraído y, fotografiándolo, lo proyectaran contra el liso muro. Pero lo espeluznante es que la fotografía era de un realismo tremendo, sobrecogedor, con el color natural del órgano del pensamiento, y Brian no pudo evitar una pregunta, adivinando la respuesta ya de antemano:

- ¿Qué ..., qué es eso?

- Es tu cerebro, terrestre. Es el resultado del examen que te he hecho en tanto conversábamos. No es muy perfecto, sobre todo si lo comparamos con el que tengo yo; pero aun creía sería peor para mi. Quizá me sirvas. Creo que en tu planeta dicen una frase parecida a ésta: de sabios es rectificar, o algo parecido, ¿no es eso?

- ¿Qué..., qué piensas hacer... con... conmigo? -tartamudeó Brian.

- Tengo necesidad de renovar algunas células que se me están quedando viejas, Periódicamente me ocurre esto y me surto de las existencias que tengo al alcance de la mano; pero ahora tengo cierta curiosidad por saber como funcionaré con parte de un cerebro que no es de nuestro mundo.

En el de Brian comenzó a aparecer una nota de espanto al comprender, bien que no totalmente, lo que la máquina pretendía hacer con el. E instintivamente retrocedió un par de pasos, espantado, no queriendo pensar en lo que se le aferraba al pensamiento con horrible fijeza, sin notar que la frente se le cubría de millares de microscópicas gotitas de sudor frío, helado.

Sonó una breve risita:

- Veo que empiezas a comprender lo que quiero de ti, ¿verdad? Tanto mejor: los dos saldremos ganando, terrestre. No te dolerá nada y luego, sin aspiraciones, sin pretensiones, seras uno de los hombres mas felices de la tierra esta. Y ahora, contempla lo que pocos han tenido el honor de contemplar, porque luego no han recordado ni lo recuerdan jamás, lo que vieron. ¡Mira, terrestre, mira!

Un trozo del metal que cubría la máquina, rectangular, de unos ochenta centímetros, se abrió bruscamente, como una pequeña portezuela, a la altura de su vista, y cuando Brian la fijó en lo que había en el interior, las piernas le flaquearon y sintió que su cerebro le vacilaba, al ver la horrible, la espantosa maravilla que encerraba el misterio de aquella maravillosa e inhumana máquina.

VIII

Entonces y sólo entonces comprendió Brian el porqué del funcionamiento de la máquina. Solo cuando vio dos ojos que lo miraban con hipnótica fijeza, cuando vió el resto de lo que había en el interior de aquella abertura, comprendió que la enorme maquina no era más que eso: un enorme "bluf", un enorme farol para asustar a los que, en medio de su supercivilización creían en la existencia de una máquina pensante que gobernaba y regía por y para ellos aquel planeta, pero que en realidad no hacía más que satisfacer sus caprichos.
Luego, repuesto del espanto y más que espanto, horror por 1o que veía, dio un paso adelante para contemplar aquella visión de averno, aquel cerebro humano flotando en medio de un líquido ligeramente tintado de rojo, semitransparente, del que, de vez en cuando se desprendían tenues nubecillas de vapor que se deshilaban rápidamente, perdiéndose en el interior del recipiente cúbico de cristal que lo contenía. Un cerebro, en fin, vivo, viviente, alimentándose sus células, seguramente, con aquel líquido en que flotaba y del cual partían dos breves hilos, los nervios ópticos que, entrecruzándose, iban a terminar en dos globos mucho más pequeños, los ojos, en cuya mirada creyó ver Brian una ligera dosis de burla e ironía. Pero el Cerebro, hablando, lo sacó de su estupefacción, diciéndole:
- Todavía no has visto todo, terrestre. ¡Mira!
Debajo de la portezuela aquella se abrió otra de idéntico tamaño y aquella vez Brian si que dejó escapar un ¡oh! de horror, al mismo tiempo que retrocedía un paso. ¡Porque contenido en otro recipiente idéntico y, de la misma forma que el cerebro, había un corazón, del cual partían las arterias que regaban aquel cerebro, teniéndolo constantemente abastecido del vital líquido! Y lo espantoso no era el corazón en sí, sino su rítmico movimiento, siempre igual, latiendo incesantemente, enviando la sangre a aquel cerebro que pensaba igual que si estuviera contenido en su cárcel de huesos y meninges.
- Ahora comprenderás por que de vez en cuando necesito renovar mis existencias -dijo burlonamente aquella flotante masa encefálica, haciendo que se cerrara la puerta que permitía la visión de su corazón-. Un cerebro normal dura sesenta, ochenta años y al fin de este tiempo, agotadas ya sus células, muere. Igual me pasaría a mi si, periódicamente, no renovara mis células ya gastadas. Y aunque pienso que las tuyas no son de la mejor calidad, siempre me resultara interesante la experiencia.
- Muy agradecido portal honor, pero me gustaría infinito renunciar a él -repuso Brian.
- Tú no mandas, obedeces -le contestó secamente el Cerebro, haciendo girar la pequeña puerta sobre sus goznes, ocultándolo todo a la vista

de Brian, que suspiro aliviado por verse fuera de la presencia de aquel horror, bien que estuviera seguro de que merced a los objetivos, él era visto en todo momento.
- Esta bien -y Brian pensó desesperadamente el modo de eludir la terrorífica situación en que se hallaba, pensando acertadamente que si cedía parte de su cerebro a aquella infernal invención, pasaría a ser un cuerpo sin alma, un continente vacío de su contenido, el don mas preciado del hombre: la inteligencia. Inquirió, procurando hacer pasar el tiempo-. ¿Cómo has logrado llegar a esta situación?
Pareció como si el Cerebro se pavoneara al replicar:
- Yo fui en tiempos remotísimos, tan remotos que en tu planeta no habíais aparecido vosotros siquiera, cuando todo estaba cubierto por los hielos, un sabio. El mas sabio de todos cuantos había en este sistema. Pero llegó un momento en que mi sabiduría se estancó. Quiero decir que no hubo más allá para mí. Todo cuanto podía saber lo sabía ya, todo cuanto podía apetecer con mi inteligencia lo tenía ya, excepto una cosa: la inmortalidad.
- Amigo, eso es imposible de conseguir -le interrumpió Brian-. Podrás hallar el medio de prolongar tu vida, pero un día, tarde o temprano, indefectiblemente, terminaras como el resto de los seres, convirtiéndote en ceniza, volviendo al lugar de donde saliste.
- ¡Qué cosas tienes, terrestre! -se le rió descaradamente el Cerebro-. Si hubiera pensado como tú, puede que me hubiera ocurrido lo que dices.
- Pues, a decir verdad, la existencia que llevas ahí no es nada agradable.
- ¡Imbécil! ¿Qué puedes saber tú de mis goces? -le contestó la máquina-. Pero dejemos eso. Antes de hacerte perder la noción de las cosas quiero que sepas como llegué a esta conclusión. De que la mejor forma de vivir para un hombre de mi sabiduría, de un hombre que, a través del espejismo que es esa tonta de Izza, gobierna este planeta.
- ¡Hombre! Un poco fuerte me parece el calificativo...
- Los hombres se sienten mejor gobernados por un par de ojos bonitos -rió la máquina-. Todos sois iguales. Bien. Te diré que tras largos estudios, duraron años, no te creas, decidí que el único modo de supervivir era éste. Pero primero tuve que construir la máquina y luego hacerme yo mismo la operación. No te quiero cansar con detalles. Sólo te diré que cuando recupere el conocimiento, después de haber sido operado automáticamente, me sentí feliz, infinitamente feliz. Ya tenía lo que deseaba. Y con el transcurso de los siglos he ido acumulando sabiduría, toda la sabiduría del mundo. Por eso envié a Izza a rescatarte de las manos de la Reina de T-40. Yo fui quien te dormí desde aquí.
- ¡Caramba! Pues si que tienes alcance -comentó Brian.

- Si. Sí logro coger desprevenido a mi rival, de vez en cuando puedo jugarle una trastada como ésta, pero lo hago en raras ocasiones. Ésta ha sido una de ellas.
- ¿Tu rival? -inquirió, extrañado, Brian.
- Sí. Eso dice él. En comparación conmigo es un aprendiz. Sólo lleva viviendo doscientos mil años. Yo le quintuplico la edad.
- ¡Un millón de años! -repuso estupefacto Brian-. ¡Es increíble! ¡Fantástico! -y cuando se rehizo de la sorpresa, exclamó irónicamente-. Demasiado tiempo. Yo me aburriría mortalmente.
- No si estuvieras ocupado continuamente. Esto de gobernar un planeta es más complejo de lo que parece. Saben que están gobernados por una maquina. No saben lo que hay debajo, y sé positivamente que me odian y que desean mi destrucción, porque están hartos de mí, pero no pueden hacer nada. Son unos desagradecidos.
- ¿Desagradecidos?
- Si. De no ser por mí, todavía estarían como en vuestro planeta: constantemente en guerra, matándose los unos a los otros, atrasados, sin civilizar, en la mayor de las barbaries. Gracias a mí tienen todo lo que quieren, viven más años que los seres de tu raza...
- ¿Por qué no les alargas la vida mas tiempo? -le interrumpió Brian.
Sonó una risita provinente del interior de la máquina:
- ¡Qué mas quisieran ellos! Si lo meditas un momento veras que no me conviene. Llegarían a saber casi tanto como yo, que lo sé todo, absolutamente todo y podrían rebelárseme. Hay que darles algo, pero no mucho. ¿Comprendes?
- Sí. Demasiado -suspiró Brian, callando acto seguido.
- Bien; me parece que ya sabes bastante, terrestre -habló el Cerebro-. Ya lo tengo todo casi listo para la operación. Si la vieran los mejores médicos de tu planeta se quedarían boquiabiertos. Y si además presenciaran una máquina haciendo de cirujano cerebral, sin intervención de la mano del hombre, creerían que era cosa de brujas, como decía en la Tierra.
Brian miró en todas direcciones, como buscando una imposible huida, pero se le anticipó con una risita el Cerebro:
- No te molestes, terrestre. Buscas una imposible evasión y luego, cuando me hayas cedido parte de tus células cerebrales, te sentirás contento y satisfecho de haber contribuido a la prolongación de mí existencia.
- ¿Crees que una existencia así valdría la pena de vivirla? -preguntó ásperamente Brian.
De haber hablado con un hombre, el joven hubiera visto un encogimiento de hombros realizado con la más absoluta de las indiferencias, pero la máquina sólo podía hacer una cosa: hablar.

- ¿Quién sabe? -replicó-. Pero no quiero emprenderla contigo sin hacerte una pequeña demostración.
En un lado de la máquina parpadearon una serie de luces y al cabo de unos momentos, como respondiendo a la llamada, por el lado opuesto a aquel por el que había entrado Brian, apareció una mujer de notable belleza, ataviada en un todo como Izza, pero con mayor sencillez, sin tanto lujo. Caminó hacia adelante, con la vista fija en un lejano punto, sin ver nada y al llegar a la altura del atónito Brian se detuvo, girando un poco y colocándose frente al lugar del que salía la voz que emitía el Cerebro.
- Tú me mandas, mi señor -dijo con voz opaca.
- Demasiado melodrama -se burló Brian.
- ¡Calla! -exclamó el Cerebro, molesto al parecer-. Mira a esta beldad. Tú serás su compañero después de la operación. Mírala y pregúntale si es feliz, si se encuentra perfectamente en el estado en que se halla. Tylla es su nombre.
Bailó la risa en los ojos de Brian al acudirle una idea súbitamente a su cerebro y exclamó, interrogando a la mujer, que permanecía absolutamente inmóvil, como si no existiera nada que no fuera la máquina.
- Dime, Tylla -inquirió el terrestre-, ¿verdad que el pollo asado que comemos en nuestro planeta es delicioso y lo prefieres a las esferitas alimenticias que os dan aquí?
- Sí. Es cierto - contestó en el mismo tono monocorde la mujer.
- ¿Verdad que te gustaría destruir a quien tuvo la culpa del estado en que te hallas?
- Sí -fue la escueta respuesta.
- ¿Verdad que no eres feliz? ¿Verdad que eres desgraciada?
A todas las preguntas contestó la mujer afirmativamente, haciendo que el corazón de Brian sintiera una gran compasión por la desdichada que se había visto obligada a ceder parte de su masa encefálica a aquella implacable máquina. Se dirigió a ésta burlonamente:
- ¿Lo ves? A cualquier pregunta que se le dirija contestará, que sí. Nunca dirá. nada opuesto. ¿Y quieres reducirme a mi a ese estado de bestia con apariencia humana? Tendrás que luchar mucho para conseguirlo y...
- ¡Basta ya! -gritó el Cerebro, excitado-. ¡Tylla, márchate!
- Sí, mi señor -contestó la mujer mansamente, dirigiéndose hacia el mismo lugar por el que había penetrado, abriéndose la puerta a continuación, obrando Brian entonces aceleradamente.
Echó a correr hacia allá, con intención de escapar, pero no lo consiguió. Se vio sujeto por unos invisibles brazos que lo arrastraron inexorablemente hacia atrás, a pesar de sus desesperados esfuerzos, en tanto que en sus oídos resonaban las risas de satisfacción que lanzaba

el Cerebro, orgulloso de su poderío.
- ¡Es inútil, terrestre! Puedes patear, puedes gritar, pero tu final será el mismo: renovar mis células cansadas -habló la máquina-. Fíjate: nadie te toca, nadie te sujeta y sin embargo vienes hacia mí. Teleportación se llama este poder que he desarrollado al cabo de los años. Es una lástima que sólo pueda hacerlo con los que veo directamente. De lo contrario, mi rival, el cerebro de T-40, estaría ya, con todo su planeta, estrellado contra otro mundo del sistema. Pero no desconfío de lograrlo algún día. Tendré paciencia. Me sobra tiempo -y del altavoz de la maquina salió una diabólica carcajada que erizó los cabellos de Brian, que continuó su fatídica marcha hacia un lado del enorme artefacto, que se descorrió a un lado, dejando ver el lugar dónde iba a ser entregado al sacrificio de su mente.
El Cerebro quiso divertirse con Brian. Aflojó un poco y éste dio dos o tres pasos hacia adelante, para sentirse arrastrado todavía más violentamente hacía el quirófano, listo ya para la intervención, equipado con todo lo necesario por aquella inhumana mente, que volvió a hablar satisfecha de sí misma:
- ¿Ves? Ahora te echare en la cama. Luego serás anestesiado y entonces, los instrumentos movidos por mi poder mental, pues los observaré directamente, solos, sin la ayuda de nadie, te intervendrán, extirpándote las células que me son tan necesarias. Creo que tendré motivos más que suficientes para estarte agradecido, y tú, cuando te halles en tu nuevo estado, sin apetitos, sin deseos, sin recuerdos, me estarás dando las gracias, aun sin hablar, durante todos los días de tu vida.
Brian pensó que el Cerebro aquel había llegado a límites inconcebibles. Era posible que hubiera acumulado muchísima sabiduría durante el millón de años que afirmaba tener de existencia, pero tampoco era irrazonable suponer que tanto tiempo en la forma en que vivía, no le hubiera. alterado las facultades de raciocinio mas de lo conveniente. Sobre todo para el joven que cuando se quiso dar cuenta se halló suspendido en el aire, como si lo llevaran dos hombres, sujetándolo al mismo tiempo firmemente y se vio arrastrado hacia el quirófano.
Brian dejó de luchar y se resignó a lo inevitable, y cuando ya sus anchas espaldas tocaban la camilla, un ruido, un ruido harto conocido de él, llegó hasta sus oídos, llenándole el corazón de esperanza y de alegría simultáneamente.
El ruido continuó, aumentando su volumen al acercarse el agente productor, y de repente, muy cerca, casi allí mismo, sonó una violenta explosión que hizo trepidar ligeramente aquellos muros a pesar de Su solidez. Y de repente, cuatro personas hicieron violenta irrupción en la sala donde estaba la maquina.

Aceleró sus latidos el corazón de Brian, al reconocer a sus tres amigos, llevando el armamento terrestre que él, desconfiado, no había querido dejar en el misterioso planeta de las eternas tormentas, y llamó, alegremente:
- ¡Zimmo, Turr, Dass! ¡Por el amor de Dios! No podéis llegar mas oportunamente -y luego se fijó en la cuarta persona, la hermosísima y esbelta Sherma, armada también de la misma manera-. ¿Qué haces aquí, Reina? Sacadme de aquí por favor.
- ¡Quietos todos! -rugió el Cerebro-. ¡Atrás u os fulminaré!
Pero en aquel momento, Brian notó algo extraño. Algo que le hizo reaccionar vivamente. El Cerebro, a pesar de su pretendida facilidad para hacer varias cosas a un tiempo, se había distraído, con la llegada de los amigos de Brian y había aflojado las "ligaduras" mentales que sujetaban al terrestre, y éste no desaprovecho la ocasión que se le presentaba.
Saltó del quirófano en rapidísimo movimiento y antes de que nadie previera lo que iba al hacer arrebató la pistola ametralladora de las manos de Sherma, medio paralizada por la estupefacción del momento, y luego la encaró hacia el lugar en que se hallaba aquel odiado ser conservado por si mismo a través de los siglos. Luego, apretando el gatillo, hizo fuego.
Hizo fuego, llenando la espaciosa estancia con el estruendo de los ininterrumpidos disparos, moviendo el arma en sentido circular, arriba y abajo, apareciendo en el metal de la maquina, los numerosos orificios que marcaban los impactos de las balas, que 1o atravesaron como si fuera manteca, y antes de que se terminara la provisión de proyectiles, las dos puertas se desprendieron de los goznes, cayendo destrozadas al suelo, apareciendo entonces los dos grandes recipientes que se comunicaban entre si y que contenían el Cerebro y su corazón.
El plomo continuó saliendo de la boca del arma con velocidad meteórica, destrozando el vidrio, haciendo saltar el líquido vital en que se bañaban aquellos órganos sin cuerpo, agujereándolos a su vez, en tanto que, mezclados con las detonaciones, casi superándolas, se elevaban gritos inhumanos de aquella masa encefálica viviente que comprendía su horrible y merecido fin, y que se veía impotente, a pesar de sus enormes facultades psíquicas, para contener aquel alud de balas que solo concluyó cuando en la pistola ametralladora sonó el "¡click!" indicador de que la aguja percutora había golpeado en el vacío por agotamiento de la provisión del cargador.
Aquel líquido sanguinolento, junto con trozos de los órganos deshechos, se derramo por el suelo, tiñéndolo de su peculiar color casi rojizo y, cuando todo se acabó, cuando los alaridos infrahumanos cesaron, cuando los ecos de las detonaciones terminaron de ser devueltos por las paredes, Brian miró, jadeando, su obra y sonrió dura,

cruelmente, pero infinitamente satisfecho:
- Me siento un criminal. Me parece como si hubiera matado a un hombre y, aunque se que no es verdad, no puedo arrepentirme -dijo, contemplando los resultados de su destructora labor.
Sherma y sus hombres le miraron espantados. A pesar de su enorme cultura, no podían hacerse a la idea de haber sido destruido un cerebro que, al igual que en su planeta, gobernaba aquel de Z-2, en que se encontraban. Pero se dieron cuenta de que en la habitación flotaba una extraña atmósfera, una atmósfera en la que les pareció se respiraba mejor, como si aquel diabólico ingenio que ya no existía les hubiera coartado las facultades tanto mentales como psíquicas. No obstante, Sherma, comprendiendo la gravedad de la situación, exclamó:
- ¡Ahora vendrá. la Reina Izza con sus hombres y nos mataran a todos! No te perdonarán el haber destruido su Cerebro, Brian.
- ¿Su Cerebro? Di mas bien la máquina que los esclavizaba -rió el terrestre-. Lo único que pueden sentir hacia mí son infinitos motivos de agradecimiento.
- Eso mismo diría yo si estuviera en tu pellejo, Brian -intervino Zimmo-; pero de todas formas, estoy en un todo de acuerdo con mi Reina. Hemos llegado bien hasta aquí, pero lo difícil va a ser salir.
- A propósito -inquirió Brian-, ¿Cómo os las habéis arreglado para llegar aquí? Y, sobre todo, ¿qué idea os dio de traer las armas que yo dejé allí?
- Esas preguntas tienen una fácil respuesta. En primer lugar, sugestionamos, influidos por nuestro Cerebro, a todo aquel con quien nos cruzarnos y al instante de habernos visto, ya nos había olvidado -dijo Sherma.
- ¿Sí? ¿Y aquellos disparos? ¿Y aquella explosión?
Por primera vez sonrió Sherma, desde que el terrestre la conocía y su hermosísimo rostro ganó infinitamente en belleza al hacerse mas mujer, más femenina. En medio de la difícil situación en que se hallaban, ella no dejó de advertir la no disimulada admiración que se reflejaba en las facciones del terrestre y sus mejillas, por vez primera y por una causa que no era la cólera, se tiñeron levemente de carmín. Pero, a pesar de todo no dejó de replicar:
- Nos sorprendieron por la espalda y tuvimos que usar tus armas, Brian.
- ¡Y con que resultado, amigo! -se ufanó Zimmo-. No se que tendrán esas granadas de mano, pero son estupendas. Disolvieron la reunión de granujas de la Reina Izza en menos de un segundo. ¡Hay que ver la manera de correr de aquellos tipos! -rió abundantemente pronunciadas estas palabras.
- Está. bien. Ahora lo que nos interesa es el modo de largarnos de

aquí, por más que... -se interrumpió súbitamente Brian, mirando fijamente, y esta vez con cara de pocos amigos, a Sherma.
- ¿Qué te ocurre? -preguntó ésta, entre molesta y alarmada ante la repentina variación de la expresión del terrestre.
- ¿Que me ocurre? -dijo Brian, sarcasticamente.- Pues que no sé si quedarme en Z-2, arrostrando las iras de Izza. Es probable que me fuera muchísimo mejor que regresando a tu mundo.
- ¿Eeeh...? -dijeron, atónitos, simultáneamente, los tres hombres, en tanto que la mujer. sin hacer ninguna observación, se limitó a abrir algo mas los ojos y morderse los labios.
-Naturalmente -replicó Brian-. Yo ya sé para qué me quería este Cerebro que he destruido. Y el tuyo, Sherma, me esta esperando con las mismas intenciones. ¿Crees que resultaría muy conveniente para mi salud el ir a tu mundo? ¿Crees que me gustaría convertirme en un ser sin alma? No. Decididamente, no. Me quedo aquí, que por lo menos, si salgo de ésta, sé que podré ser una persona y no un autómata. .
- ¡Está bien! ¡Tú lo has querido! -exclamó la Reina-, ¡Zimmo, Turr, Dass! ¡Detenedle! ¡Hemos de llevarle con nosotros por la fuerza o porque se convenza él de que es lo mejor que le puede convenir!
Pero los tres hombres no se movieron y permanecieron en la misma actitud, sin hacer el menor gesto para obedecer a su Reina, que golpeó el suelo impaciente con su pie, repitiendo:
- ¡Detenedle! ¿Es que no me habéis oído? ¿Habéis olvidado quién soy yo?
- Perdónanos, Reina -dijo Zimmo-, pero creemos que lo mejor sera no obedecerte en esta ocasión. En cualquier otra estaríamos prestos a sacrificarnos por ti, pero ahora la razón está de parte del terrestre. Es hora de que gobiernes tú y destruyas esa máquina que tanto daño nos ha causado aun a pesar de sus aparentes bondades.
- Está bien -dijo ella-. Me aliaré con Izza y ella me ayudara a conseguir lo que yo quiero. Y el Cerebro de T-40 construirá otro para ella.
Sherma dio media vuelta como disponiéndose a marchar, pero de un salto la alcanzó, deteniéndola por un brazo y diciéndole:
- ¡Ah! ¡No, eso no, Sherma! No te lo consentiré...
Pero en aquel momento un grupo de personas hicieron su irrupción en la estancia. Y sus intenciones no eran tranquilizadoras.

IX

- He aquí las consecuencias de hablar demasiado y no hacer nada -comentó amargamente Brian tirando su inútil arma al suelo y alzando sus brazos, cuando vio aparecer, filtrándose por la pared metálica a la

Reina Izza, seguida de un grupo de sus hombres empuñando firmemente todos aquellas pistolas eléctricas, sin dejar de encañonar a los que eran ya sus cinco prisioneros. Y en esta ocasión Izza no sonreía, sino todo lo contrario: llameaban sus ojos de ira y furor, desfigurando su hermoso semblante.
- ¡Habéis destruido el Cerebro! -exclamó, casi gritando.- Y has sido tú, tú, Sherma, quien te llamabas amiga mía.
- ¡Yo no lo he sido nunca! -protesto la aludida, encendiéndose asimismo de indignación.- Eso fueron cosas tuyas para ganarte mi amistad que siempre rechace.
- Mejor -dijo Izza, sonriendo de un modo que dio escalofríos al terrestre-. Eso que acabas de hacer ha facilitado notablemente mi tarea.
- Sí. Ya se que siempre pretendiste dominar mi planeta también. Es, con el tuyo, el mejor del sistema y tu vieja ambición, tan vieja como tú, ha sido reinar en los dos simultáneamente.
Pero Izza no reparó en estas palabras que ponían al descubierto sus intenciones, hasta entonces ignoradas de Brian. Sólo pensó en lo que para ella constituía un insulto mortal. La habían llamado vieja, y chilló, perdiendo ya toda compostura:
- ¡Vieja! ¿Vieja yo?
- Si -adelantóse un paso Sherma-. Vieja diez veces más que yo, pero conservada en tu juvenil aspecto gracias a tu diabólico entendimiento con el Cerebro que hemos destruido. Él fue quien prolongaba tu aspecto de hermosura desde hace siglos, gracias a que tú le proporcionabas hombres y mujeres para que rejuveneciera sus células. Eso no lo sabe nadie mas que tú y yo. Era un secreto que me comunicó mí Cerebro y me propuso hacer lo mismo conmigo. -Se volvió hacia Brian y dijo:- Pero lo rechacé. No quise que nadie padeciera por mi causa y sólo le entregaba cerebros de quienes morían en accidente, antes de que sus cuerpos tuvieran tiempo de enfriarse. Nunca quise prestarme a una maniobra tan criminal como la de Izza.
Brian se quedó atónito ante las revelaciones que iba escuchando en la discusión entre ambas mujeres y que eran en absoluto insospechadas para él. Nunca creyó que en el semblante apacible de Izza se encerrara, no ya la vejez de varios siglos, conservada en la apariencia de una hermosura propia de los veinte años, sino tanta maldad puesta de súbito al descubierto por las sensacionales revelaciones de Sherma.
Pero su mirada se separó de aquella mujer que ahora les amenazaba, cuando la que tenía a su lado volvió la espalda a sus enemigos y cogiéndole por la parte superior de las ropas, mirándole intensamente a los ojos, le dijo:
- Brian, por favor, créeme. Por un momento pensé que lo mejor para mi seria llevarte y hacer que tus células rejuvenecieran las de mi

Cerebro. Pensé, locamente, en imitar a Izza y vivir como ella centenares de años, pero después de que te he conocido, después de que entraste en mi alma, ya no puedo, ya no podría hacerlo aunque ahora me dijeran que iba a morir y que de ti dependería únicamente mi salvación. ¿Comprendes?
Sonrió Brian, protectoramente, pasándole el brazo por los hombros, pero antes de que pudiera hablar, Izza se adelantó, en tono burlón, pero encerrando una velada y sutil amenaza.
- Conmovedor discurso, Sherma, pero perfectamente inútil. No sera el terrestre tu salvación, sino la mía. Me lo llevaré a T-40. Allí, quiera o no quiera, dará sus células al Cerebro y éste, con la condición de sobrevivir, prolongará mi existencia. Y en cuanto a ti y a tus tres hombres...
Izza se interrumpió y se echó a reír con una risa que heló la sangre en las venas de cuantos la oyeron. Continuó:
- Pensaba haceros matar ahora mismo. Un proyectil de estos -señaló la pistola que llevaba en la mano-, con cinco mil voltios en su interior, sería más que suficiente para carbonizaros. Pero sería una muerte demasiado rápida, demasiado benévola para vosotros. Creo, creo... -pareció meditar y al fin sonrió satisfecha, creyendo haber hallado la solución-.
Sí. Eso es. Creo que en N-98 estaréis bien. Será una muerte deliciosa. Haré que instalen una cámara de televisión para ver vuestros últimos momentos. Un espectáculo que me gustará, y que me compensará de todo lo que me habéis hecho.
Sherma trató de apretarse contra el pecho de Brian y éste de defenderla, pero fue inútil. Se la arrebataron y durante unos minutos, en unión de sus tres amigos que ya habían sido desarmados, lucharon bravamente en defensa de la mujer, pero todo fue inútil. Acabaron sucumbiendo ante la fuerza del número, no sin que por el suelo rodaran varios de los soldados de aquella mujer que de repente había dejado su descarnada alma al descubierto. Y Brian y su tres compañeros hubieron de resignarse, impotentes, a la separación definitiva, desapareciendo Sherma con ellos. y quedándose Izza con el terrestre, sólidamente sujeto por dos soldados, en tanto que un tercero, enfrente, le encañonaba con una pistola eléctrica, impidiéndole el menor movimiento.
Izza se le acercó, ondulando reptilescamente y le pasó suavemente una mano por las mejillas, diciéndole con aquella sonrisa suya tan peculiar, como si no hubiera pasado nada:
- Tú seras mi dueño, terrestre. Veras que felices seremos, durante cientos y cientos de años. Rejuvenecerás el Cerebro de T-40 con tus células y, cuando, a mi vez, me haya inyectado nueva vida a mí, buscaremos alguien que pueda devolverte lo que ahora perderás.

Luego la hermosa Izza se aproximó todavía mas, hasta el extremo de que Brian sintió junto al suyo el calor de aquel cuerpo que no denotaba de ninguna manera la increíble edad que tenía y los labios de la mujer se aplastaron contra los suyos. Pero él, no hizo nada por devolver la caricia, antes al contrario, permaneció absolutamente inmóvil y cuando ella se separó hizo algo extraño: un gesto como si la escupiese.
No Se enfadó ella como esperaba Brian, simplemente se echó a reír y dijo de nuevo:
- Ahora haces eso. Dentro de muy poco serás mi amante apasionado.- Se dirigió a continuación a los soldados:- ¡Vamos! Iremos inmediatamente a T-40. Debemos empezar la operación cuanto antes.
Siempre sujeto por los soldados, la mujer delante, Brian atravesó las estancias de aquel gigantesco edificio que parecían absolutamente desiertas y salieron al patio central, en el que se hallaba la esfera en la que habían llegado Sherma y los suyos. Un poco más allá se encontraba otra astronave y casi en seguida, saliendo de otra puerta del palacio, escoltados por un buen número de soldados, aparecieron Sherma, Zimmo, Turr y Dass. Brian hizo un gesto como para lanzarse hacia ellos, pero la pistola eléctrica del que le encañonaba se le clavo en el estómago, indicándole cual sería su suerte si intentaba oponer la menor resistencia. Y los cuatro desaparecieron en un instante a la vista del terrestre, elevándose casi al momento el aparato desapareciendo con velocidad fulmínea.
- ¡Ahora nosotros! -dijo Izza, y se metió decidida en la esfera, seguida por el terrestre y los tres hombres que lo guardaban.
Antes de que Brian pudiera haberse dado cuenta, ya la imagen de Z-2 se perdía a lo lejos y en pocos minutos desapareció de su vista. Ni siquiera se le ocurrió pensar por que dentro de aquellas esferas, de aquellas naves de construcción tan extraña, no hacía falta estar sólidamente sujetos, como en las terrestres, a las literas de amortiguamiento de la aceleración para evitar desastrosos efectos hasta que el cuerpo humano se había habituado. Estaba cansado, fatigado, rendido por tantas y tan duras pruebas desde que lo salvaron del misterioso planeta, de eterna semiobscuridad y puesto que allí en el interior, con tres hombres que no le quitaban ojo de encima, no podía intentar nada para rebelarse a su destino, dejando que el tiempo trajera una posible solución a sus desdichas, buscó un lugar donde descansar y se durmió casi al momento.
De este descanso le sacó alguien que lo zarandeaba sin contemplaciones. Uno de los sicarios de Izza, en tanto que ésta lo contemplaba irónicamente.
- ¡Vamos, Brian! -exclamó la mujer-. Ya hemos llegado. ¿Tenéis en vuestro planeta medios de transporte tan rápidos como éste?

Se encogió de hombros despectivamente él, sin querer contestarle, y la mujer volvió a acercársele de nuevo, respirando amor por las intensas miradas que le dirigía:
- ¿Me perdonaras? Verás que todo lo hago por tu bien, querido. ¡Haré que el Cerebro nos conceda una larga, una larguísima vida de felicidad...
Se decidió Brian a hablar:
- Gracias, pero no me seduce la idea de casarme con una mujer algo mayor que yo -y subrayó con acerba ironía este "algo mayor", continuando:- He visto en algunos palacios de mí viejo planeta las galerías de los retratos de los antepasados, entre los cuales figuraban los de hermosísimas mujeres. Me haría El efecto que me casaba con una de ellas.
- ¿Que te importan los años? Tengo cientos de ellos, en efecto, pero, ¿es o no es mi aspecto el de una muchacha de veinte años? -le objeto suavemente Izza, acariciándole el rostro.
- Puede que lo sea, pero siempre me haría el efecto de casarme con una mujer en conserva. No, gracias -denegó firmemente-. En lo que de mí dependa, y si sólo cuento contigo como mujer para mi matrimonio, me quedaré soltero.
Parecieron despedir chispas los ojos de la mujer y fue a decirle algo, pero, sonriendo de nuevo, le volvió la espalda y salió de la astronave, sin mirar, segura de que el terrestre era arrastrado por sus sicarios. Y aunque se encontraron en el camino con muchos de los súbditos de Sherma, a ninguno se le ocurrió preguntar nada, desconocedores de la identidad de aquellos viajeros que ellos creyeron, vestidos de idéntica forma que ellos, habitantes de T-40, cuando en realidad eran la Reina del planeta rival y tres de sus soldados, amén de un prisionero.
Entraron en el palacio y' se encaminaron rápidamente a la habitación donde estaba el Cerebro, con tanta seguridad que Brian no pudo por menos de comentar:
- Parece como si conocieras esto de toda tu vida, Izza. Estoy viendo que nadie te dice nada.
- La rivalidad entre los dos planetas no nace de sus habitantes, sino de los Cerebros, uno de los cuales has conseguido destrozar -le contestó ella-. El sabio que quiso imitar a mi Cerebro lo imitó en todo e influyó en que la construcción de estos edificios fuera idéntica en todo al del mío. Eso te explicara el por qué aquí me siento a mis anchas por completo.
Atravesaron la pared y se detuvieron delante de la máquina. Los dos solos, previniéndole ella:
- Al menor intento por tu parte, entraran mis hombres. Tenlo entendido.
Brian se llevó la mano a la frente, sonriéndole desdeñosamente:

- ¡O. K.! Lo comprendo perfectamente, pero date cuenta, encantadora abuelita, que todavía no me ha ocurrido nada y que aun dudo que te rejuvenezcas a mi costa.
- No -dijo ella-. Si yo no me voy a rejuvenecer a tu costa. Es éste, el que esta ahí dentro el que lo necesita. ¿No es cierto? -se dirigió Izza a la máquina.
- ¡Retírate! -fue la sorprendente respuesta que salió del interior.
Palideció la mujer al oír las palabras procedentes de la máquina, y quiso protestar:
- ¡Yo...! ¡Pero...!
Las palabras que sonaron a continuación fueron una revelación de asombro para Brian, que abrió los ojos, estupefacto ante lo que nunca hubiera creído escuchar viniendo de un cerebro como aquel:
- ¡Largate, vieja! ¿Es que no te das cuenta de que me estas estorbando?
- ¡Oooh! -pudo exclamar a duras penas la también atónita Izza, que con los ojos desmesuradamente abiertos, perdida su habitual sonrisa, parecía haber perdido la estabilidad mental. Empezó a retroceder, sin darse cuenta de que a sus espaldas se abría la puerta sola, dejando ver a tres estupefactos soldados, los que, dándose cuenta de que algo extraño amenazaba a su reina, sacaron sus pistolas eléctricas con intenciones nada tranquilizadoras, pero antes de que pudieran hacer nada, las pistolas les fueron arrancadas de las manos y, volviéndose contra ellos, les hicieron prorrumpir en gritos de asombro y miedo simultáneamente al comprender la horrible suerte que les esperaba.
Dando media vuelta, los aterrorizados hombres quisieron correr, pero no dieron dos pasos. Sendos rayos de luz salieron de las bocas de las armas, ante las espantadas miradas de Brian e Izza y tres descargas de cinco mil voltios cada una fulminaron a los tres hombres, que se debatieron un segundo, carbonizándose al mismo tiempo, antes de quedar definitivamente inmóviles, haciendo prorrumpir a la mujer en alaridos de puro miedo, alaridos que cesaron cuando la puerta se cerró, dejando solos en la habitación al Cerebro y a Brian.
Y entonces, muy cerca del lugar donde salía la voz de la maquina, una puerta comenzó a girar y Brian se dispuso a ver un horror idéntico al que había presenciado en Z-2. Pero no ocurrió nada de lo que él esperaba. Vio algo completamente distinto, tan distinto que creyó estaba soñando, que no era realidad lo que le ocurría y, sin embargo, lo que estaba presenciando no tenía nada de espantoso, sino de tranquilizador. Y la voz le preguntó:
- ¿Qué? ¿No te esperabas esto?
- ¡Nooo...! -tartamudeó Brian-. ¡Quién... quién es usted...?

* * *

Sherma y sus tres fieles amigos contemplaron por la pantalla de la televisión el espantoso panorama que se ofrecía a sus miradas: una semiobscuridad grisácea, gélida, con enormes nubes de hielo pulverizado girando en incesantes remolinos, alumbradas de vez en cuando por fulgurantes relámpagos que dañaban la vista. Luego volvieron a la vez los ojos hacia el jefe de la astronave que reía cruelmente:
- ¡Bonito panorama! ¿Eh? ¡Me parece que os vais a divertir un rato ahí fuera! Pero antes de dejaros no quiero que esta chica tan hermosa se vaya sin un recuerdo mío.
El hombre se acercó, sonriendo de un modo que escalofrió a Sherma y la cogió por una muñeca, tirando luego de ella bruscamente y enlazándola por el talle. Pero antes de que consiguiera sus propósitos se encontró dando vueltas por el aire, sin saber lo que le había ocurrido y chocando pesadamente contra uno de los paneles de la astronave, mirando estúpidamente en torno suyo como queriendo averiguar lo que le había pasado.
Una voz, viniendo de uno de sus prisioneros, Zimmo, se lo aclaró todo:
- ¡De algo habían de servirme las emisiones terrestres que escucho!
- iMátale! -aulló el caído a uno de sus hombres, que sacó de su funda una pistola eléctrica, con la que encañonó al indefenso Zimmo, dispuesto a fulminarlo.
Pero antes de que pudiera hacer uso de ella, un hábil golpe se la hizo volar de la mano, y luego un puño, el de Turr, se estrelló contra su mandíbula, derribándolo contra el tablero de mandos, que comenzó a chisporrotear, electrocutando instantáneamente al atrevido, que lanzó un aullido de agonía, cayendo luego al suelo, convertido en una masa de carbón humeante y nauseabundo.
Aquello dio la señal de desencadenarse la batalla. El jefe de la reducida tropa trató de sacar su arma, pero Zimmo no se anduvo con rodeos. Alargó su pie que impactó con terrible fuerza en el rostro del sicario. Crujieron los huesos de su cara horriblemente y en medio de un arroyo de sangre cayó hacia atrás, con el cráneo destrozado.
Entre tanto, Sherma, con los ojos muy abiertos, contemplaba la lucha de Turr y Dass con los cuatro supervivientes, los cuales no osaban emplear sus pistolas por miedo a herirse mortalmente ellos mismos. Uno de ellos, sin embargo, logró sacarla, pero antes de que tuviera tiempo de usarla, una poderosa mano asió la suya y tras el alarido de dolor, una muñeca quedó convertida en astillas por el poderoso tirón que Zimmo aplicó sin ninguna clase de contemplaciones, haciendo que el lesionado tuviera que ocuparse en lo sucesivo únicamente de aquel miembro herido.
Repentinamente Turr salió despedido por un fuerte golpe que recibió en el estómago, cayendo hacia atrás, en tanto que sus dos amigos,

Dass y Zimmo, luchaban a brazo partido con los otros dos hombres de Izza.
Turr previó el horrible fin que le esperaba cuando su contrincante alzó la pistola sonriendo fríamente, como gozándose en los sufrimientos mentales del caído, que alzó las manos en un perfectamente inútil e infantil gesto de defensa contra lo que ya no tenía remedio. Pero en el mismo momento, otra pistola chasqueó en el rostro del que ya tenía seguro el triunfo, en la décima de segundo que precedió a su carbonización, apareció la mueca, mas que de dolor, de sorpresa al comprender que cinco mil voltios le estaban circulando por el cuerpo. Luego, transformándose en una masa negra, cayó hacia adelante. Y Sherma también, perdiendo él conocimiento, al pasar la horrible tensión de que había sido presa durante aquellos segundos que había creído inacabables.
Turr vaciló entre acudir a su Reina o a sus amigos, pero se decidió por lo último Los dos hombres que restaban eran fuertes y no se entregaban, luchando con la ferocidad del que tiene la partida perdida irremisiblemente.
Zimmo se separó del grupo aullando de felicidad, golpeando duramente el rostro de su contrincante, que también aullaba, pero no de felicidad precisamente, y de un soberbio derechazo lo lanzó hacia atrás, momento que aprovechó el otro para llevarse la mano a su pistola.
No pudo usarla; tableteó siniestramente la que Turr había cogido al caérsele a Sherma, enviando su mortífera descarga al cuerpo del soldado y éste se retorció como una serpiente, al latigazo eléctrico que lo convirtió en una estatua negra en un segundo.
Sólo quedaba un superviviente y éste alzó las manos viendo que ya no había nada que hacer y que el interior de la cámara estaba lleno de los cadáveres de sus compañeros, de los cuales el de mas espantoso aspecto, con el rostro hundido a causa del violentísimo golpe de Zimmo, chorreando sangre, era el de su jefe, el que había querido profanar con sus impuros labios los hermosos de la reina Sherma.
- ¡Está bien! ¡Así da gusto, chicos! -gritó Zimmo-. Esa Izza se va a llevar el gran chasco cuando se entere de que hemos renunciado a la fiesta que nos preparaba. ¡Atiza! - exclamó al ver a la mujer en el suelo-. ¿Qué le ha ocurrido a la Reina?
Se abalanzó hacia ella, en tanto Turr y Dass vigilaban al único enemigo que había salido indemne de la batalla, pero ya Sherma abría los ojos en aquel momento, sentándose por sí sola en el suelo. Les sonrió como disculpándose:
- ¡Oh! ¡Lo siento de veras! Temí no llegar a tiempo para salvar a Turr y el mismo exceso de nervios me hizo perder el sentido.
El nombrado corrió hacia ella, arrodillándose y exclamando:

- ¡Os debo la vida, mi señora! ¡Podéis disponer de ella en cualquier momento!
Ayudada por Zimmo se levantó Sherma y los tres hombres notaron la enorme diferencia que había de la Sherma altiva y orgullosa, fría y encerrada en sí misma, a la Sherma amable y sonriente que les miraba con verdadero aprecio.
- Debemos volver inmediatamente a T-40. Hemos de impedir que esa diabólica Izza haga lo que dijo con Brian -y sus mejillas se colorearon al pronunciar el nombre del terrestre, lo cual hizo sonreír a los tres amigos comprensivamente, hecho que aumentó todavía más la turbación de la mujer al comprender que sus sentimientos eran conocidos ya por aquellos tres leales amigos.
- Está bien -dijo Zimmo-. Este prisionero que tenemos guiara la astronave. Es algo diferente de la nuestra y no confío en que yo o mis compañeros supiéramos hacerlo bien.
Sherma se dirigió hacia el hombre que permanecía quieto, vigilado implacablemente por Dass.
- ¿Te conviene el trato? La libertad y la vida a cambio de llevarnos a mi planeta o la muerte segura ahí fuera. ¿Qué es lo que prefieres?
- No hay ninguna opción -contestó el cautivo, y Zlmmo le golpeó fuertemente en la espalda.
- ¡Así se habla, chico! Pero ten en cuenta que al menor movimiento sospechoso, te aso, ¿entendido?
Sin embargo, cuando, desembarazada la nave de los cadáveres, estaban a mitad del camino del planeta, algo se reflejó en la pantalla de la televisión. Algo que puso escalofríos en los cuerpos de los cinco ocupantes de la espacionave.

X

En el suelo estaban sentados los dos hombres, y uno de ellos, el de pelo canoso, de mas que mediana edad, exhalaba voluptuosamente el humo del cigarrillo.
¡Uf! Parece como si hiciera un siglo que no fumara. En mi vida me ha sabido mejor un cigarrillo, Brian.
Sonrió el joven ante la observación del hombre, y pregunto:
- ¿No nos sorprenderán ahora y descubrirán su secreto, doctor?
- No, nada de eso. He proyectado una corriente electromagnética que devuelve al metal su primitiva, estructura molecular y ahora es tan impenetrable desde afuera como desde donde estamos.
- Debe ser curiosa su historia, doctor. Confieso que me quedé sorprendido en sumo grado cuando le vi salir de dentro de la maquina. Pensaba ver un cerebro similar al que destruí en Z-2, y en su

lugar apareció usted, y pidiéndome, por el amor de Dios, un cigarrillo, como si para usted fuera lo más importante del mundo- rió de buena gana Brian, coreado por el otro hombre.
- La verdad es que diez años aquí encerrado, sin fumar, es para desesperar al más paciente.
- Pues usted ha tenido la suficiente paciencia, doctor Millard.
- Esperaba a que algún compatriota apareciera por aquí para combinar entre los dos el medio de regresar a nuestro planeta -le contestó a Brian su interlocutor.
- Bien, doctor, pero no me ha explicado usted como vino a parar aquí.
- De la misma forma que tú, hijo. También caímos en el planeta N-98 y también fue transportada toda la expedición aquí, enriqueciendo mis compañeros con sus células el Cerebro que había antes, hasta que me llegó a mí el turno.
- Y entonces...
- Entonces yo le gané por la mano, como se dice en nuestra tierra. El Cerebro que había aquí podría ser inteligente al cabo de los siglos que llevaba de existencia, pero a fin de cuentas estaba atado y yo me movía. Él permanecía quieto en sus vasijas. Yo podía andar cuando me daba la gana. Y, por otra parte, mal me estará, el decirlo, pero yo era en la Tierra una autoridad en psiquiatría. Por eso me hicieron venir en la expedición, puesto que suponían que habría seres humanos o semejantes a los humanos en el sistema vecino al solar. Bueno -sonrió el doctor Millard-, eso de vecino... No se puede decir exactamente tal cosa estando a cuatro mil millones de kilómetros de distancia del último planeta, de Plutón.
- ¡Cuatro mil millones de kilómetros! -repitió estupefacto Brian.
- Si. Y la distancia aumenta, porque nos hallamos en un trozo del Universo que se expansiona continuamente.
- Ahora comprendo por que llegamos nosotros tan lejos. Cuando creíamos que estábamos en las vecindades de Júpiter, en realidad habíamos rebasado a Plutón -dijo el joven.
- Hay una teoría no comprobada y es que esa expansión de la masa cósmica se realiza a veces fragmentadamente, por grupos de astros o de planetas, con todo cuanto los rodea. A vosotros, como a nuestro cohete, os cogería en el centro de uno de esos globos de materia cósmica, por llamarlo así, globos de magnitud inconmensurable, y por eso viajasteis tan deprisa. Estoy seguro de que alcanzasteis velocidades realmente impresionantes hasta que fuisteis detenidos por la atracción de N-98 y entonces el aterrizar allí fue cosa relativamente fácil. Pero si hubierais salido de este sistema, es seguro que os hubierais encontrado con otro trozo en expansión y sabe Dios dónde hubierais ido a parar.
- Entonces, ¿nos estamos alejando de la Tierra?
- Cierto -replicó sonriendo el doctor Millard-. Me parece que tendrás

que quedarte aquí.
Se encogió de hombros el joven:
- No se esta tan mal -y de repente, recordando a Sherma, se puso de un salto en pie-. ¡Sherma! La envió Izza a N-98 con mis amigos. Debemos ir a rescatarla.
- No pases cuidado por ahora, Brian. Todavía no habrán llegado y yo hallare el medio de devolvértela sana y salva -le guiñó el ojo y le preguntó:- Te interesa, ¿no?
Se sonrojó el joven y le apremió:
- ¡Vamos, doctor! Ya me lo contara todo por el camino... -y súbitamente recordó también a otra mujer exclamando:- ¡Izza!
- ¿Quién? ¿Esa vieja presumida? -dijo Millard.
- No esta tan mal, doctor -le respondió, guiñándole el ojo a su vez, el joven.
- Físicamente, no -le contestó el otro gravemente-. Pero he analizado su cerebro y sus reacciones mentales cuidadosamente y es un enemigo de cuidado. No olvides que tiene la experiencia y la sabiduría de varios siglos de existencia y que si antes logré triunfar de ella y expulsarla de esta habitación fue por el temor supersticioso que tiene ella a esta máquina y porque piensa que le conviene estar a bien conmigo, es decir, con el Cerebro. Pero como hubiera descubierto que se trata de una superchería, no le costaría nada liquidarnos, amiguito. Comprendería su desesperada situación y trataría de vengarse.
- ¿Desesperada situación, doctor?
- Sí -repuso éste-. Desesperada porque ella confía que tú servirás tanto para rejuvenecer al que ella supone ahí dentro, como para que el ya inexistente Cerebro prolongue su juventud. Y cuando vea que la cosa no tiene remedio... ¡Uf! -suspiró el doctor-. ¡No te quiero decir nada de la que se va a organizar! Toda mi vida he tenido miedo a las mujeres. Creo que por eso me he pasado estos diez años ahí dentro, sin asomar la nariz.
Se echó a reír Brian ante la pintoresca observación de su compatriota, y le preguntó:
- ¿Cómo se las apaño usted para vencer al Cerebro?
- ¡Oh! Fue la mar de sencillo -contestó Millard-. A fin de cuentas, fuera quién fuera, era un poquito presumido y abrió las portezuelas para enseñarme el secreto. Antes de que tuviera tiempo de darse cuenta, un par de puntapiés bien aplicados destruyeron toda la obra. Luego, los apuros fueron míos para arreglarlo todo sin que se notara nada. Pero lo conseguí y decidí meterme ahí dentro. La verdad es que tuve un poquitín de miedo y, aunque aburrido, disfrutaba bastante. Ten en cuenta que en este planeta están mucho más civilizados que en la Tierra y desde este cajón, con los televisores, contemplaba cuanto apetecía. Por eso ordené saliera una expedición, influyendo

telepáticamente en Sherma y sus amigos, para que os capturase y os trajera aquí. En cuanto tuviera uno de vosotros ya me las arreglaría para destapar el engaño.
- Espero que Sherma no se disguste -objetó Brian.
- No. Yo creo que hasta se alegrará ser una reina de veras y ser ella quien mande. O mejor dicho: Brian I, Rey de T-40 -dijo, zumbón el doctor, haciendo enrojecer al joven hasta la raíz del cabello.
Cuando se le pasaron los apuros, preguntó Brian:
- Y ahora, ¿qué piensa hacer con Izza?
- Lo mejor será reexpedirla a su planeta -dijo el doctor-. Y vamos a hacerlo ahora mismo. Me meteré ahí dentro y la haré pasar para decírselo.
Uniendo la acción a la palabra, el ex-Cerebro se introdujo en el interior de la máquina, pero apenas lo había hecho, cuando salió de allí lanzando una serie de palabrotas, completamente impropias de su condición.
- ¿Qué ocurre, doctor Millard? -inquirió alarmado Brian.
- ¡Maldita...! Tuve un descuido y me dejé conectado el altavoz que transmite el sonido a la habitación inmediata. Izza ha debido oírlo todo.
- ¡No tenemos tiempo que perder, doctor! -exclamó Brian-. Corramos.
Se abrió la puerta, pero como esperaban, ya no estaba la mujer. Y cuando volvieron, sonó una carcajada sarcástica, procedente de la máquina, y la voz de Izza que decía:
- -Ya sé todo lo que ocurre. Ya sé que no tengo remedio alguno, pero si me voy a hundir yo, hay una hermosa mujer que me acompañará.
- ¡Sherma! -exclamó angustiado Brian-. ¡Habrá ido en la astronave que nos trajo hasta aquí para matarla! ¡Y está inerme! ¿Dónde hay una espacionave para nosotros, doctor? Usted conoce esto.
- Aguarda un momento. Me meteré en el interior de la máquina. Ten unos minutos de paciencia. Tendré que alterar la composición del metal otra vez para no levantar sospechas.
Brian se paseó frenéticamente durante unos diez minutos, fumando incesantemente, tiempo que tardó un hombre en aparecer allí, y que sin prestar gran atención al terrestre, exclamó:
- Lybb, jefe de la guardia de la Reina Sherma esta a tus órdenes. -Se dirigió hacia la máquina.
- Prepara una astronave. Tu reina esta en peligro y este joven va a ir a salvarla. Pero no pierdas tiempo.
- Así lo haré, tal como lo mandas. Acompáñame, terrestre.
Éste se volvió hacia la máquina, como para pedir consejo al doctor, pero su voz resonó en el micrófono.
- Anda y no temas. Lybb es de toda confianza.
- ¡Un momento! -pidió Brian-. Lybb. Por favor, espérame fuera. Voy al

instante.
Hizo Lybb una leve inclinación de cabeza y salió, en tanto que Brian volvía a dirigirse al doctor Millard, que salió apresuradamente de la máquina, inquiriendo en voz baja:
- ¿Qué te ocurre, Brian?
- ¿Cómo es que se ha oído aquí la voz de Izza? -repregunto éste a su vez.
- Deben haber transmitido desde la espacionave que os trajo hasta aquí. Eso me da una idea, Brian, que todavía no ha llegado a N98. Esta relativamente cerca este planeta, a un par de millones de kilómetros, pero si ya hubiera llegado a él, no hubiera transmitido. No olvides que la atmósfera de N-98 hace imposible la transmisión por radio.
Se animó el rostro de Brian, quien antes de salir echó algo que el doctor cogió al vuelo, complacidamente, sacando un cigarrillo del paquete y encendiéndolo en tanto movía la cabeza pensativamente, diciendo con una buena dosis de filosofía:
- ¡Estos jóvenes...!

* * *

Lo que había hecho helar la sangre en las venas de los xinco ocupantes de la astronave, era otra, que se dirigía a toda velocidad hacia ellos. Una nave sideral de la que, de repente, salió un rayo de luz que se encamino en derechura hacia aquella en que viajaban Sherma y sus amigos.
- ¡Una bomba MGV! -exclamó Zimmo-. ¡Nos va a destruir!
El prisionero debía ser un hábil piloto porque aguardo hasta el último momento, y cuando la bomba eléctrica, acercándose a velocidad fulmínea al aparato, y reflejándose en la pantalla, pareció que se iba a estrellar contra la misma, movió suavemente los controles haciendo que la nave diera un repentino salto hacia arriba, en una aceleración violentísima que, aparte de casi derribarlos, dejó, por unos instantes sin sangre los cerebros de los ocupantes, enviándola a las extremidades inferiores y causándoles una momentánea pérdida del conocimiento que, no obstante, recuperaron pronto para ver que la nave que los atacaba les seguía implacablemente.
Pero entonces Sherma tuvo una idea, la posible solución del caso:
- Cuando os siguieron mis hombres anteriormente -se dirigió al piloto- Izza usó algo que hizo inútiles todos mis disparos eléctricos.
- Es cierto, pero no se si esta nave ira equipada... -contestó el hombre y murmuró luego desalentado : Debía ser la de la Reina Izza únicamente. Aquí no tendremos otra cosa que hacer que responder al fuego.

Zimmo no lo dudó más: se sentó junto al control del proyector de granadas eléctricas y, encuadrando la nave enemiga, en la que todavía ignoraba cual o cuales eran sus ocupantes, hizo un disparo que pasó muy cerca del aparato al que se había dirigido, obligando a su piloto a hacer una maniobra desesperada para evitarla.
Pero de repente, por el transmisor se oyó una voz harto conocida, una voz en la que predominaba la ira, la furia, la cólera más ciega:
- ¡Sherma! ¡Prepárate! ¡No verás más al terrestre! -exclamó, casi gritando Izza, en un tono que les hizo pensar si no habrían sufrido sus facultades mentales un serio desequilibrio, pero también, en el mismo instante, la atención de todos quedó centrada en la habilidad del piloto para rehuir el choque con otro globo de fuego que avanzó fulgurantemente hacia ellos.
Pasó el mortífero proyectil por un lado del aparato, y un suspiro de alivio se escapó de todos los pechos, que nuevamente volvieron a detener la respiración cuando una serie de chispazos, precursores de otros tantos disparos, volvieron a verse en la otra espacionave, acercada increiblemente en la pantalla televisora.
Zimmo no perdió el tiempo: una y otra vez opri.mió el botón, que arrojaba al vacío las bombas del aparato, pero de repente soltó una maldición muy poco académica, sin darse cuenta de que se hallaba en presencia de una mujer.
¿Qué pasa, Zimmo? -interrogó Sherma, creyendo adivinar, antes de que se lo dijeran, lo que había ocurrido.
- Simplemente, nos hemos quedado sin cargas, y este hombre que tenemos a nuestro lado hará la mar de bien si procura largarnos de aquí a toda velocidad.
Nuevos disparos se produjeron en la nave enemiga, pero asimismo fueron hábilmente evitados, y girando sobre si misma en un amplísimo radio, la astronave en que viajaba Sherma emprendió franca huida, procurando al mismo tiempo no ser alcanzada por las bombas que la enloquecida Izza lanzaba incesantemente.
Pero, bruscamente, el disco se detuvo, lanzando a unos sobre otros. No se detuvo de golpe, sino perdiendo velocidad y aún así el frenazo resultó violentísimo y esta vez fue al piloto al que correspondió lanzar la correspondiente serie de imprecaciones.
- Se nos han estropeado los motores -dijo, cuando terminó de lanzar maldiciones.
- ¿Cómo puede ser esto? -inquirió Zimmo, tratando de ayudarle a reemprender la marcha.
- Hay dos motivos: uno, la estancia cerca de N-98. A veces la extremada electricidad y los rayos "alfa" de que esta sobrecargado ese planeta influyen decisivamente -contestó el piloto-. Además, esa otra espacionave nos ha disparado demasiadas bombas y algunas han

pasado demasiado cerca para que, a su vez, no hayan influido también en unos motores ya debilitados por unas maniobras violentas para las que, evidentemente, no están construidos.
- ¡Pues estamos apañados! -murmuró melancólicamente, resignado a su suerte, Zimmo, mirando a Sherma, que en la hora definitiva, volvía a ser reina y había recobrado su altivo aspecto. no queriendo demostrar debilidad ante aquellos hombres.
Todas las pupilas se dirigieron a la pantalla, en la que se veía aumentar el aparato en el que Izza se acercaba implacablemente. Y de nuevo volvió a escucharse su voz:
- ¡Sherma! No esperes volver a ver al terrestre. No me queda mas que una granada, pero la dispararé sobre seguro. ¡Pobre infeliz! -rió complacida la rival, para a continuación y por un motivo que de momento ignoraron los que ya se veían condenados a una más que segura muerte, lanzar un alarido de espanto, de furor, al ver sus planes frustrados.
Otra espacionave, acercándose velocísimamente, apareció en la pantalla y de la misma partieron varios rayos de luz, estelas luminosas de las bombas eléctricas que lanzaban contra la esfera en que viajaba Izza, que inmediatamente, emprendiendo veloz fuga, se elevó vertiginosamente hacia lo alto, sin preocuparse ya mas de aquellos a quienes perseguía, evadiéndose de lo que iba a ser su Némesis.
Pero la espacionave que había llegado en tan oportuno momento no se entretuvo en continuar la persecución. Se acercó a la que viajaba Sherma y pronto se halló ésta, con sus amigos, en el interior del aparato salvador y sólo la presencia de testigos impidió a la mujer lanzarse en brazos del hombre a quien había descubierto amaba apasionadamente, contentándose de momento con alargarle sus manos, sonriéndole como nunca había sonreído en su vida.
- Te llevaras una gran sorpresa, Sherma, cuando veas que el Cerebro no existe.
- ¿Qué dices, Brian? -inquirió ella- toda intrigada.
- Ya lo veras, Sherma, cuando lleguemos allí.
Pero cuando llegaron allí, lo único que vieron fue el cadáver de un hombre en el suelo completamente carbonizado y en sus contraídas facciones, Brian, espantado, reconoció al doctor Millard, en tanto que Sherma, instintivamente, se apretaba contra él, como pidiendo protección contra lo que ella consideraba una amenaza invisible, pero no por eso menos cierta.
- ¡Brian, Brian! -musitó y él le pasó la mano por los hombros, ofreciéndole su amparo.
Pero en aquel momento, la amenaza se hizo viva, tangible. ¡Izza apareció súbitamente, encañonándolos con una pistola eléctrica! Y sus palabras presagiaban lo que iba a ocurrir:

- Maté al doctor porque resultó ser un falsario. Ése ha sido su castigo. Yo estoy condenada a una muerte horrible: la muerte por la vejez, pero nunca me resignaré a ello. Ya que no es posible que se me renueve la juventud, moriré antes de convertirme en una vieja llena de arrugas. Pero vosotros moriréis antes que yo. No os daré ese placer -y alzó su pistola encañonando primeramente a Brian y Sherma que, abrazados estrechamente, formaban una sola figura-. ¡Mejor! -exclamó-. Así, con un disparo tendré suficiente.
Brian miró fijamente a la mujer que parecía recrearse con la agonía de sus víctimas, agonía antes de sentir siquiera el menor dolor físico, y de repente sus ojos se abrieron desmesuradamente, viendo algo que nunca hubiera creído posible.
Izza pareció no darse cuenta, pero su rostro empezó a perder su hermosura, sus ojos su brillo y su áureo cabello empezó a transformarse en unas opacas guedejas blancas. Una serle de arrugas aparecieron en su rostro, haciéndolo horrible, sin que ella, al parecer, se diera cuenta, continuando con su sonrisa de triunfo, ahora transformada en una espantosísima mueca que hizo sentir a Brian un escalofrío de horror, de tal forma que la misma Izza pareció sorprenderse y comprender algo cuando su mano comenzó a temblar.
Un alarido de espanto salió de aquella garganta que había perdido en brevísimos instantes su maravillosa tersura al ver que en vez de una pulida mano, era una horrible garra la que sostenía la pistola. Despues quiso gritar algo, pero el aire, pasando por unas gastadas cuerdas vocales, sólo emitió unos ininteligibles sonidos. Y a pesar de todo, Izza, ya una horrible vieja, una visión de pesadilla, trató de oprimir el gatillo, pero no lo consiguió.
Las fuerzas comenzaron a fallarle y de repente cayó de rodillas. Todavía hizo un supremo esfuerzo, sin dejar de lanzar roncos aullidos inarticulados que más parecían graznidos de ave que voz humana, pero acabó cayendo al suelo, en tanto que en su rostro aparecían las señales de los siglos.
Se le escapó la pistola. Los dedos, convertidos ahora en nudosos sarmientos, se le engarfiaron arañando el metal cada vez más débilmente, hasta que, con unos últimos movimientos convulsivos, la horrible figura se quedó quieta, espantosamente quieta.
Brian cogió en sus fuertes brazos a Sherma, que estaba a punto de perder el conocimiento, y la sacó de allí, en tanto que decía a sus amigos:
- Hacedme el favor de encargaros de esos dos cadáveres. Luego os explicaré.
Minutos mas tarde, en el maravilloso jardín del palacio, de inigualable colorido, Sherma recuperaba la tranquilidad e inquiría:
- ¿Qué piensas hacer, Brian?

- ¿No necesitas quién te ayude a gobernar este planeta?
- Creí que pensabas volver al tuyo -dijo ella.
- No puedo. Está demasiado lejos y, por otra parte, aun cuando estuviera tan cerca como Z-2 o N-98, estás tú, querida... si me aceptas.
Los ojos de la mujer dijeron todo cuanto sus labios no se atrevieron a decir... o no pudieron, porque estaban oprimidos por los de Brian.